

PAPELES DE BUENOS AIRES



SUMARIO

*Ulyses Petit de Murat: Una noche. * Graziella Peyrou: Su búsqueda. * Segundo J. Olivera: La ventana abierta y Hacia un fin. * Alberto J. Ricardí: El plagio y la literatura infinita. * Consulta a los profesores de Etica. * Witold Gombrowicz: Filidor forrado de niño. * Pensador de Poco: Escritos. * Juan Carlos Paz: Ensayo II° sobre música. * El Malhumorado Inteligente: Psicología del hombre y la mujer. * Visitas de Dionisio Buonapace. * Eduardo A. Jonquières: Poemas. * Pedro de Olazábal: Prólogo a los vampiros. * Víctor E. Espinosa: Spitfire y Detrás de los Cablegramas. * Lucio Federico Aguilar: Otro episodio de secretos de lo novelístico. * Literatura Literatísima. * Para nuestro inminente año 1944.*

Dibujos de Violeta Lorraine Pouchkine.

CONDENADO

Noche cálida caída
 Tiempo perdido
 Más allá de la noche
 la hora final aguarda
 la única hora que cuenta
 Fuerzas diluidas noche secreta
 cuando el momento amaga
 cuando es preciso aún
 inclinarse hacia esa sombra
 conquistadora
 hacia ese fin hacia ese fuego
 hacia lo que se extingue
 Soplos silencios suplicios
 Un poco de coraje
 un segundo no más de coraje
 y ya esa lentitud se acaba
 como un resplandor perdido
 Vientos del cielo esperad
 una palabra un gesto
 esperad que una vez
 yo levante la mano
 Se diría que la lucha
 comienza y esto es
 en los lejos
 quizás aún más allá
 el eco del galope
 de una campana
 olvidada
 olvidada.

PHILIPPE SOUPAULT.
 ("Billes Billes Bouler")

DE TODO CUANTO HE DICHO

De todo cuanto he dicho de mí qué
 es lo que perdura?
 He conservado falsos tesoros en arcones
 vacíos
 Un inútil navío junta mi infancia con mi
 tedio
 Mis juegos con el cansancio
 Una partida con mis quimeras
 La tempestad con la bóveda de las noches
 donde me encuentro solo
 Una isla sin animales con los animales
 que amo
 Una mujer abandonada con la mujer siempre
 nueva
 En vena de belleza
 La única mujer real
 Aquí, en otra parte
 Inspirando sueños a los ausentes
 Tendida su mano hacia mí
 En la mía se refleja
 Doy el buen día sonriendo
 No se piensa en la ignorancia
 Y la ignorancia prevalece
 Todo lo he esperado yo
 Desesperado de todo
 De la vida, del amor, del olvido, del sueño
 De las fuerzas y de las debilidades
 No se me conoce ya
 Mi nombre, mi sombra, son lobos.

PAUL ELUARD.
 ("La Rose Publique")

MIS OCUPACIONES

Raras veces puedo ver a alguien
 sin abofetearlo. Otros prefieren
 el monólogo interior. Yo no. Más
 me gusta abofetear.

Hay gentes que se sientan frente
 a mí en el restaurante y no
 dicen nada. Permanecen allí un
 buen rato, porque han decidido
 comer.

Ahí tenéis a uno.
 Yo me lo atraco, toc.
 Me lo reatraco, toc.
 Lo cuelgo en la percha.
 Lo descuelgo.
 Vuelvo a colgarlo.
 Lo redescuelgo.
 Lo pongo sobre la mesa, lo api-
 lo y lo ahogo.
 Lo ensucio, lo inundo.
 Y vuelve a vivir.

Entonces lo enjuago, lo estiro
 (empiezo a enervarme, hay que
 terminar con él), lo comprimo, lo
 aprieto, lo resumo, lo introduzco
 en mi vaso, arrojo ostensiblemente
 el contenido por el suelo y dí-
 gale al mozo: "traígame un vaso
 más limpio".

Pero no me sosiego; arreglo al
 punto la cuenta y me voy.

HENRI MICHAUX.
 ("Mes propriétés")

Versiones de L. Z. D. G.

V OY a decir con sinceridad mi caso; lo he explicado sin claridad porque yo mismo no lo comprendo. Todo sucede dentro de uno con movimientos y colores confusos, sin distinguirse. Mi única idea ha sido vengarme.

Han sido largos días en que esta idea comienza a despertar, a apartarse de las otras, viniendo, reviviendo como cosa natural e inapartable. Y allí, en el círculo elegido del blanco se clava de repente calladamente la determinación.

Mi hombre contra nada huye o está lejos. Conozco todos los paraderos de Florencio, los nombres, las profesiones, las ciudades y los campos en que cruzó el paso de mi antiguo camarada. El ataque lo he meditado detalle por detalle, volviéndome loco de noche, revolcando esa acción desesperada que debe libertad mi espíritu. Como un tremendo obstáculo en un camino necesario ese acto se ha puesto en mi existencia, y este tiempo de desorientación y de fatiga sólo hace no más que aislarlo.

Frente a frente a un individuo odiado desde las raíces del ser, hablar con voz callada el padecimiento, y descifrar con lentitud la condena, no enumerar los dolores, las angustias del tiempo forzado, para que ellos no crezcan y debiliten la voluntad de obrar, estar atentos y seguros al momento en que la bala rompa el pecho del otro, y de los dos aventureros que fuimos, quedarse muerto uno allí mismo, sobre las tablas de una casa vacía, en el campo, en la ciudad, en los puertos, tenderlo muerto allí mismo por una inmediata voluntad humana.

Y que ese gran cumplimiento vaya a ser el mío, que esa gran seguridad tenga que ser mi alimentación de pesares tragados con continuidad que sólo yo conozco y sea yo también una vez llegado el término, el dueño de mi parte de libertades.

Entonces de la noche que palpita encima de mi lecho se cae deshaciéndose una campanada: son iguales en toda la tierra las vigiliadas. Es extraño, ayer cuando subía la escala a oscuras, crujió muchas veces, y recibí de repente la sensación del olor del mar. Tendré cuidado. La distancia del mar es opresora, invade, subí los escalones pensando en ella, y la manera de medirla poniendo mi cuerpo en su orilla alargándolo hasta palidecer.

Ay de mí, ay del hombre que puede quedarse solo con sus fantasmas.

PABLO NERUDA.
 ("El Habitante y su Esperanza")

UNA NOCHE

Mis amigos resplandecientes, ardiendo
en el linde final de la noche.

Al borde de mi ciudad, entre una luz llagada,
mientras el pianista hurga, con manos torpes y vencidas,
el costado sangrante de Beethoven,
mis amigos resplandecientes, ardiendo
en los violentos corredores de la noche.

Ardiendo, resplandecientes, con sus frágiles pulsos,
sus ojos llenos de misterio, de secreta furia,
y sus almas laceradas que interrogan
insaciables a la dura música,
a la marchita luz, a los muros tristes que prolongan,
amparándola en rostros insomnes,
en oscuros corazones desvelados,
en melodías negras, funerarias,
la noche, la sangrante noche,
la áspera, la agónica, la delicada
noche.

Mis amigos ardiendo, apagándose
contra la niebla tensa del tabaco,
en la llama
azulada del alcohol, que crece
su resplandor lívido, obstinado.

Mis amigos con las manos blancas, decapitadas
cerca de los finos pulsos
con los ojos misteriosos, lacerados, extinguiéndose
como cándidos ángeles sin rumbo
en los corredores violentos de la noche.

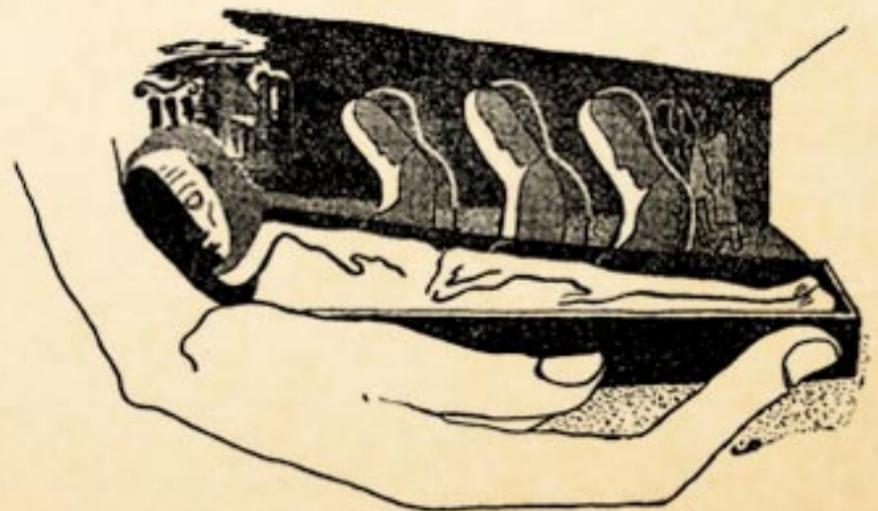
Todavía, como un triste espejo empañado
reflejo sus rostros implorantes.

Todavía escucho sus pasos mínimos, derrumbados,
perdiéndose, extinguiéndose,
muriendo
en el ámbito frágil de la noche.

Pequeños ángeles sin rumbo
aquietándose en el seno de la noche
mientras la noche, hijastra de la muerte,
desvasta sus mejillas, las arroja
como pétalos marchitos
en la lenta correntada de los sueños.

Todavía oigo sus pasos mínimos, lejanos
como un entrechocar de alas fatigadas
entrando
en los corredores serenos de la muerte.

ULYSES PETIT DE MURAT.



SU BUSQUEDA

Se habría creído que aquel hombre continuaba en profunda meditación o que simplemente estaba dormido, si las sombras que empezaban a entrar en el cuarto hubieran hecho menos visible la sangre que bajaba por su sien.

Si alguien conociendo ya la causa de esa inmovilidad y de esa mancha que se alargaba hasta la almohada, hubiera querido ser dueño de todo el misterio, inclinándose sobre una página en que parecía irse concentrando toda la luz de aquel cuarto, habría leído lo siguiente:

"Quiero el significado perfecto de todas las palabras.

"No me importa que el color de una flor varíe por la disminución o la intensidad de la luz, ni que el sonido exacto de una música se pierda en la distancia. La verdad que deseo no depende de la verdad de las cosas.

"Creo que la ventaja que tiene Dios sobre mí no es tener el mundo bajo su mirada conociendo cada cosa libre de las influencias exteriores que pueden desfigurarla, sino vivir en el preciso instante en que nace una idea. Esperar el conocimiento por medio de la palabra es llegar demasiado tarde. La idea pierde su pureza, se une a otras ideas que cambian su verdadero significado y crece, pero como crece una planta sin poder depender solamente de su raíz.

"He oído hablar de la moral, del amor, de la muerte. Todos piensan en una teoría distinta. La verdad se humilla en lugar de imponerse a la comprensión de cada uno.

"Yo mismo creo que los límites inflexibles y estrechos de la moral retardan la perfección y que recién en el campo libre de la amoralidad está la posibilidad de lograrla, pero basta que intente transmitir mi idea para que se convierta en algo abso-

lutamente distinto más horrible todavía que todos los conceptos de moral. No sé entonces si la verdad es de una fragilidad tan grande que no resiste el paso de un corazón a otro o si ese paso que parece tan simple tiene la difícil duración de muchas vidas.

"He visto incluir en el amor el interés y las vanidades más impúdicas hasta olvidar las profundas dulzuras compartidas. Como una flecha desviada en el aire he visto así, en nombre del amor, despreciar el amor mismo.

"Quizás yo no pueda luchar siempre contra este mar de complejidad y un día piense que mi vida ha sido un sueño, un mundo imaginado, una larga cadena de equivocaciones. Pero si algo de mi integridad permanece podré pensar también que siempre queda una última palabra a la que puedo entregarme ciegamente sin peligro de resultar defraudado."

Si alguien hubiera llegado en realidad a leer estas líneas, quizás no se habría quedado muy convencido de que ese hombre que se había matado por su ansiedad de verdad la hubiera encontrado realmente. Es probable también que reflexionara sobre el extraño deseo de querer llegar a una verdad aún creyendo en la imposibilidad de tener conciencia de ella.

Pero aunque la muerte no sea tampoco exactamente muerte y la mente de aquel hombre continúe en su profunda confusión, ese cuerpo inmóvil doblemente oculto en el silencio y en la oscuridad era la realidad de una verdad o por lo menos de un ideal de verdad.

Ya no se distinguían las palabras, pero la página que las había revelado persistía extrañamente luminosa.

GRAZIELLA PEYROU.

LA VENTANA ABIERTA

Anoche, como siempre, alguien se acercó a la puerta del corredor donde la luz cae recta sobre el piso; se sintió una palabra dicha suavemente que anduvo por los aires del corredor y en la pieza con ventana que mira al río. Se oyó, debilitándose, el crujir de los peldaños de la escalera; después el chocar del agua contra algún pequeño bote amarrado, mientras el río corría.

Junto a las paredes del corredor se detuvo una figura y nuevamente escuchóse la palabra antes pronunciada. De la habitación no se oyó respuesta aunque la puerta estaba entreabierta. La figura quedó allí detenida en medio del corredor con el cuerpo proyectándose alargadamente por la luz venida de atrás. ¿Viviría, aún no respondiendo? Cuando él fué hoy a los diques, ella, aunque con mucha dificultad, había pronunciado algunas palabras. . .

La figura hecha por la luz se alargó hasta extinguirse; la cama estaba vacía ya y las sábanas caídas cerca de la ventana. . . ¿Qué se podría averiguar si el río tenía hoy una corriente tan rápida! . . .

HACIA UN FIN

Golpes contra la tierra arrancan los tres únicos árboles de enamada seca. Ahora nada hay. Se sienten pasos con ruido a caballos que pisan barro. Quiero caminar pero no puedo; no me extraña cuando quiero mirar mis pies y no los tengo; lo mismo con las piernas. El cuerpo nace en la cintura; abajo quizás tenga, donde alguna vez estuvieron las piernas, dos gruesas raíces retorcidas, dos raíces retorcidas en las que se nutren los gusanos de la tierra; preludio para cuando lleguen al alimento total.

Comienza a girar la tierra de arriba abajo y mi cuerpo, en la periferia, baja lento como las ruedas de los parques de diversiones.

Ahora se acelera. No siento vértigo; levanto la mano.

He llegado a un lugar en que nada se distingue, pero escucho un sonido de botas que resuenan en corredores; alguien ha tosido levemente. Ahora todo es negro, sólo se siente agua cayendo a un pozo que tengo encima de mí.

SEGUNDO J. OLIVERA.

EL PLAGIO Y LA LITERATURA INFINITA

A Sterne se le hizo repetidamente la acusación de plagio. El Dr. Ferriar de Manchester ha tenido la paciencia de buscar todas las fuentes en las cuales Sterne ha bebido; y en su "Illustrations of Laurence Sterne" (hoy inencontrables) reveló que, además de haber tenido por colaboradores a Rabelais, d'Aubigné, Scarron y otros escritores menos notorios del siglo XVI, él se había servido sin ningún escrúpulo de la "Anatomía de la Melancolía" de Burton (1624).

"El plagio de algunos trozos es innegable; pero no puede decir que de esta tendencia bien pocos grandes ingenios han estado inmunes. Ninguno de nosotros ha, por cierto, desmentido las acusaciones hechas en estos últimos años a Emilio Zola, y aquellas que Enrique Thorez escribió, documentándolas, contra el más grande poeta italiano viviente. Del primero decía Daudet: "Zola no tolera el talento de los otros: lo toma y lo pone en sus libros, y al fin se imagina que es suyo." Lo mismo podría quizás decirse de Sterne, si no fuera que debemos convenir que él supo tan bien escoger los materiales de su mosaico y supo disponerlos con tanto buen gusto hasta hacerse casi perdonar su indelicadeza; y agregamos que los pasajes plagiados tienen indudablemente menos valor que aquéllos que se deben a su observación directa y al arte sumo que tenía en el pintar con pocos trazos figuras humanas, cogiendo sobretodo el lado ridículo de cada actitud y cada caso, aun doloroso, de la vida de sus personajes."

(De una nota-prólogo a una edición italiana del Trietan Shandy.)

Puede no sólo legitimarse esta conducta sino realizar una gran escuela, o mejor, una revolución en el arte (pues el procedimiento puede extenderse de la literatura a las demás disciplinas artísticas). Proclamar la libre apropiación de los bienes del genio y del ingenio, o socialización de la inteligencia, si gustáis; así como modernas escuelas económicas proclaman la abolición de la detestable propiedad privada, fuente de la maldad y la perfidia, y la apropiación directa de los bienes "naturales". Un cuerpo humano y una mente humana son trozos de naturaleza de cuyos productos pueden servirse los demás hombres, en la medida de justicia. Quien posea talento puede entresacar de obras ajenas — es decir pertenecientes a la comunidad de la cultura — los elementos ya elaborados que le permiten avanzar en su propia concepción, sin detenerse a reelaborarlos — un carácter, un rasgo, una escena, un adjetivo, una figura, una resolución — como en ciencia cada sabio aprovecha lo ya pensado y verificado por otros. Una valoración posterior dirá si fué legítima esa conducta o si sólo fué una irreverencia o un delito. (La justificación ética — por si para alguien no sobra la justificación estética del plagio — es conocida: la imitación es la más sincera de las admiraciones).

Creo que de esta suerte podría perfeccionarse la doctrina francesa de la superliteratura. Si en un momento de mi obra necesito una escena que ya está hallada por Quevedo o Voltaire, por Rubens o Goya, pues la adopto, como el físico adopta la teoría atómica ya descubierta por C. pues él ha intuído algo que nadie ha observado y no puede detenerse a verificar la teoría atómica, que le parece aceptable en los términos de C. Los gastos mentales estilo Pascal, de quien nadie desconoce que a los ocho años, recluso solitario, habla reinventado la geometría, son daños de orientación para la especie, tan urgida de emplear toda su dotación intelectual en lo nuevo.

Estetas y preceptistas franceses con cierta jactancia de superioridad nacional, después de saber que poseen la literatura más rica del mundo y el pueblo más literario del mundo, confiesan el horror del poeta francés ante el estado bruto de las cosas, de los seres y hechos no elaborados ya por siglos de literatura.

"Leyendas griegas, batallas nórdicas, enfáticas figuras de 1830, nociones precisas y preciosas de los filósofos, símbolos de la Cábala, fantasmas del sueño y del opio, fosforescencias monstruosas traídas de las regiones nocturnas del alma como los peces luminosos de las profundidades, todo esto le es bueno (a la poesía francesa), fuera de lo inmediato de los hombres, de los sentimientos, del mundo: no le es necesario más que una materia toda formada ya por el ingenioso trabajo del espíritu,

ya prodigiosamente intelectualizada. Todo le es bueno, excepto la impura realidad."

(Thierry Maulnier: Introduction à la poésie française.)

El modo de satisfacer este designio de literatura infinita, de acrecentamiento indefinido del arte, consiste en aprovechar de las experiencias ajenas no sólo en cuanto a ejemplos de voluntad de experiencia sino en adoptar los productos mismos, los hallazgos difundidos en las grandes obras que no han podido librarse totalmente de la impura realidad, que esconden aún demasiado cosmos oxigenado y rutilante o tenebroso, que aún no han colmado la creación circular e inalienable del parámetro de la Literatura. Hay antologías que del soneto más perfecto de un autor de genio sólo estiman recordables uno o dos versos; es un criterio brillante, de alta civilización poética. Si un nuevo poeta pudiera sin crítica apropiarse de esos dos versículos que son lo excelente de toda la vida creadora de un gran poeta y, relacionándolos, según su genio, con otros dos o tres de otro poeta y algunos más de poetas de otros países, realizar un poema perfecto, o por lo menos dueño de un instante de perfección, la literatura progresaría sin sigilo, elocuentemente. Tal obra perfecta sería reelaborada por generaciones sucesivas que irían perfeccionándola — enmendando una palabra, un acento, una puntuación — como un Mallarmé infinito. Como en economía política se practican los procesos de integración horizontal y vertical de explotación industrial, así en arte: o generaciones sucesivas perfeccionando los mismos productos concretos (no los arquetipos literarios o famosos "thèmes" franceses), o bien colectividades de artistas trabajando fervorosos sobre un mismo poema poencia, ensayando y reensayando y entrecriticándose (incluso bajo la forma de proceso judicial y con un Fiscal que representara la severidad de la Eternidad), con método semejante al único que ha podido inventar la naturaleza para la resolución de sus prodigios: el "ensayo en número abrumador" (Jacob) o el método de "la prueba y el error" (Yennings).

"El alquimista Mallarmé extrae lentamente de los abismos del lenguaje el producto de fusiones misteriosas y llena apenas el hueco de nuestras manos de cristales al estado insostenible y helado..."

"El mago Mallarmé sondea y tortura las palabras mismas, las somete a las más singulares combinaciones y a las más insólitas temperaturas, para forzarlas a abandonar un poco de sus poderes más secretos, de sus virtudes más insosustrables." (Thierry Maulnier.)

Y aún así, melancólicamente, el demiurgo Mallarmé a veces desfallece o dormita (Horacio). ¿Por qué? Porque es un solitario. (¿O es que la fatalidad del arte es la obra absolutamente individual y absolutamente falible?) Cuando poetiza, en uno de sus más famosos poemas ("Brise marine"), que figura en las antologías más rigurosas:

Je partirai! Steamer balançant sa mature
Lève l'ancre pour une exotique nature!

o

Et peut-être, les mâts, invitant les orages
Sont-ils de ceux qu'un vent penche sur les naufrages
Perdus, sans mâts, sans mâts, ni fertiles îlots...

quizá el gran Mallarmé, el extraordinario inventor de aquel "cygne d'autrefois" que recuerda que es él:

Magnifique mais qui sans espoir se délivre
Pour n'avoir pas chanté la région où vivre
Quand du sterile hiver a resplendi l'ennui...

y

Tout son col secouera cette blanche agonie
Par l'espace infligé à l'oiseau qui le nie...

subpiensa que los hombres no merecen tan laborioso desconsuelo, que no hay lector suficientemente pausado y artista como para prepararse con un día de ocio y noble silencio a leer exitosamente ese soneto, y a sólo retornar a las labores o imaginaciones cotidianas después de haber merecido el don de ese poema. Por eso el mago renuncia a dominar alguna última fuerza del mal o de la languidez, aquella "exotique nature" o aquellos "mâts invitant les orages" y a los que "un vent penche sur les naufrages perdus". Si la especie humana lo merece, podría alguna vez, en memoria de Mallarmé, intentarse el poema infinitamente perfectible, de generación en generación de poetas.

ALBERTO J. RICARDI.

URGENTE

Consulta a los Profesores de Ética

Damos traslado, a los especialistas, del doloroso y premioso cablegrama recién recibido:

"Turbaicán, abril 1 (P. T.) Urgentísimo. — Sé que una persona tiene el secreto para hacer volar el mundo, y os aseguro que dentro de momentos el inventor se dispone a partir en avión adonde realizar con éxito los preparativos infalibles de su designio. Personalmente carezco de interés en volar o no volar, de manera que no pienso ejercitar mi posible derecho de legítima defensa aniquilando a ese hombre, quizá inmensamente feliz; pero pensando en ustedes: ¿lo mato o no lo mato?"

"Cablegrafían urgentísimamente. Acaso no llegue a tiempo. ¿No asiste a cualquiera, en nombre de todos, la impunidad de asesinar a ese hombre, si se resiste a ser reducido o persuadido?, ¿dejarlo que cumpla su propósito no es tanto como participar en la misma medida de su acción? Una vez que escape llevando todos los implementos y sustancias se establecerá en lugar oculto y favorable para hacer volar la Tierra: no quedará sobreviviente. Se ignora la verdadera fórmula de su poder, aunque se supone que se trate de un campo electromagnético activado al infinito por ciertas radiaciones; pero todo es conjetural. Se ha averiguado sumariamente que desde hace años trabajaba en un dilatado campo de experimentación. Quizás sea un proceso de reversión a las fases atómicas y iónicas del universo antes de la sucesiva diferenciación de la materia; quizá un proceso de radificación absoluta, sin compensación. Pero el estado de pavor y delirio que se apodera de toda mente no permite ninguna certidumbre aproximativa. Cree saberse que vivió en Japón y se presume que haya estudiado misteriosa y aún experimentalmente los fenómenos del vulcanismo, en el estado latente de erupción del Fujiyama y el Kisinoto. Tampoco se conocen los factores espirituales de su conducta, si se trata de un resentimiento contra la humanidad, o un impulso de caridad, o una demencialidad dionisiaca, o algún goce estético. Pero se tienen las pruebas suficientes de que su hallazgo alcanza ese poder por experimentos proporcionales (enfrenados) que han conmovido una vastísima zona del desierto de Therabis y de acuerdo a leyes científicas que, aunque se ignoren en esencia, basta imaginarlas matemáticamente.

"El corresponsal suplica con verdadero desasosiego se le informe si está habilitado para dar muerte instantánea al inventor. ¡URGENTE!"

NOTA: Mientras el misterio pasa a examen de los físicos y químicos astores, se ruega, con tal vez vana premura, a los especialistas en Ética, que respondan con suprema celeridad (si es posible, por influjo telepático) para a su vez cablegrafiar inmediatamente al céptico corresponsal del género humano, que tal vez en este instante duda de su escepticismo. Un penalista o un juez del crimen darían orden a la policía para detener a ese hombre genial por tentativa de homicidio de toda la humanidad; ¿pero y la Filosofía? Quizá en edición especial extraordinaria, si para entonces somos — nunca existió una publicación con tanta amenaza de no continuación — insertaremos las respuestas que hemos de recibir de los señores catedráticos de Ética de las universidades de la nación. No olvidarán que si no se responde volaremos todos, universidades, laboratorios y mundos, sin excepción en el espacio.

En el caso de que la respuesta sea autoritativa del asesinato del inventor, tras la supervivencia del noble género humano, seguiremos, ya en pausa, la consulta a las cenizas inmortales: Platón, Plotino, San Agustín, Pascal, Stuart Mill, Epicuro, Benjamín Franklin.

Witold Gombrowicz, escritor polaco de la joven generación, habitador actual de Buenos Aires, nos propone uno de sus cuentos "pure nonsense". Integra un libro titulado "FERDYDURKE", aparecido en Varsovia un año antes de la guerra. Especie de libelo fantástico-humorístico contra la cultura moderna, constituye una crítica de las formas maduras de la cultura realizado desde el punto de vista de las necesidades de nuestra "inmadurez", cuya teoría ha desarrollado. El libro repercutió en los ámbitos literarios polacos por su arte como por su revisionismo intelectual e ideológico. Su traducción al inglés y francés fué interrumpida por la guerra.

FILIDOR FORRADO DE NIÑO

EL príncipe de los Sintéticos, reconocidos como los más gloriosos de todos los tiempos, era, sin duda, el Doctor profesor de Sintesiología de la Universidad de Leyden, Sintético Superior Filidor, originario de las regiones meridionales de Annam. Operaba conforme al espíritu patético de la Síntesis Superior, principalmente por medio de adición + infinidad y en casos súbitos también por medio de multiplicación \times infinidad. Era hombre de buena estatura, no poca corpulencia, barba hirsuta y rostro de profeta con anteojos. Mas un fenómeno espiritual de esa magnitud no pudo dejar de suscitar en la naturaleza su contra-fenómeno, de acuerdo con el principio de acción y reacción de Newton y, por tal motivo, pronto nació en Colombo un eminente analítico que obtuvo en la Universidad de Columbia el doctorado y profesorado en Análisis Superior y que alcanzó rápidamente los más altos pedales de la carrera científica. Era hombre hosco, menudo, lisamente afeitado, tenía rostro de escéptico con anteojos y la única misión interior de perseguir y humillar al eminente Filidor.

Operaba analíticamente y era su especialidad la descomposición del individuo en partes por medio de cálculos, especialmente por medio de papirotazos. Y así, con un papirotazo en la nariz, incitábala a gozar de existencia independiente, moviéndose entonces la nariz espontáneamente de una parte a otra con gran espanto del propietario. Ese arte lo aplicaba con frecuencia en el tranvía, si se sentía aburrido. Accediendo al llamado de su más profunda vocación, lanzóse en persecución de Filidor, y en una villa de España logró obtener el título nobiliario de anti-Filidor, del cual estaba locamente orgulloso. Filidor, habiéndose enterado que aquél lo perseguía, lanzóse también en su persecución y durante largo tiempo ambos sabios persiguéronse sin resultado, porque el orgullo no le permitía admitir a ninguno de ellos que resultaba no solamente perseguidor sino también perseguido. Por consiguiente, cuando Filidor, por ejemplo, estaba en Bremen, anti-Filidor corría de La Haya a Bremen no queriendo, o quizá no pudiendo, tomar en consideración que Filidor en ese mismo momento y con idéntico fin partía en el tren rápido de Bremen a La Haya. El choque entre los dos sabios impelidos — catástrofe de igual índole que las catástrofes ferroviarias más grandes — produjóse por absoluta casualidad en el local del restaurante de primera clase Bristol Hotel, de Varsovia. Filidor, en compañía de la profesora Filidor, horario de trenes en mano, examinaba con atención las mejores combinaciones, cuando, inmediatamente después de bajar del tren, entró jadeante anti-Filidor llevando del brazo a su analítica compañera de viaje, Flora Gente de Mesina. Nosotros, es decir, los que estu-

vimos presentes, doctores Teófilo Poklewski y Teodoro Roklewski, y yo, dándonos cuenta de la gravedad de la situación, procedimos de inmediato a tomar notas por escrito.

Anti-Filidor acercóse a la mesita y, en silencio, atacó con la vista al profesor, que se había levantado. Se esforzaron por dominarse espiritualmente: el Analítico presionaba friamente, desde abajo; el Sintético respondía desde arriba, con la mirada llena de resistente dignidad. Al no dar el duelo de las miradas resultados decisivos, los dos enemigos espirituales iniciaron el duelo verbal. El doctor y maestro del Análisis dijo: — ¡Noquis! —. El Sintesiólogo contestó: — ¡Noquí! —. Anti-Filidor rugió: — ¡Noquis, ñoquis, o sea la combinación de harina, huevos y agua! —. Filidor rebatió al momento: — ¡Noquí, o sea el ser superior del ñoquí, el mismo Noquí supremo! —. Sus ojos lanzaban relámpagos, agitábase su barba; era claro que había obtenido la victoria. El profesor de Análisis Superior retrocedió unos pasos dominado por furia impotente, mas de inmediato acudió a su mente una idea terrible: enfermizo, achacoso comparado a Filidor, aprestóse a proceder contra su esposa, a quien el viejo y meritorio profesor amaba por encima de todo. He aquí el transcurso sucesivo del incidente, según el protocolo:

1. La profesora Filidor, muy entrada en carnes, gorda, bastante majestuosa, se hallaba sentada, sin pronunciar palabra, ensimismada.

2. El profesor doctor anti-Filidor plantóse frente a la señora con su objetivo cerebral y empezó a observarla con una mirada que la desvestía hasta lo más íntimo. La señora Filidor tembló de frío y de vergüenza. El doctor profesor Filidor la cubrió en silencio con la manta de viaje y fulminó al insolente con una mirada llena de inmenso desprecio. Sin embargo, mostró al hacerlo signos de inquietud.

3. Entonces anti-Filidor dijo quedamente: — Oreja, oreja —, y estalló en risa sarcástica. Bajo la influencia de esas palabras la oreja apareció inmediatamente en toda su desnudez y se hizo indecente. Filidor ordenó a su esposa que se cubriera las orejas con el sombrero; esto, sin embargo, no sirvió de mucho porque anti-Filidor murmuró entonces como para sí mismo: — Dos orificios de la nariz —, desnudando así los orificios de la nariz de la venerable profesora de modo a un mismo tiempo impúdico y analítico. La situación se tornó grave ya que no pudo ni hablarse de la ocultación de los orificios.

4. El profesor de Leyden amenazó con llamar a la policía. La balanza de la victoria comenzó a inclinarse claramente hacia Colombo. El maestro de Análisis dijo con intensa cerebración: — Los dedos de la ma-

no, los cinco dedos —. Por desgracia la robustez de la profesora no era suficiente para ocultar el hecho que, repentinamente, apareció a los reunidos en toda su inaudita vivacidad, es decir, el hecho de los cinco dedos de la mano. Los dedos estaban allí, cinco de cada lado. La señora Filidor, totalmente profanada, trató con los restos de sus fuerzas de ponerse los guantes pero, ¡cosa absolutamente increíble!, el doctor de Colombo le hizo al momento el análisis de orina y, riendo desmedida y estruendosamente, exclamó victorioso: — ¡H₂O C₄, TPS, un poco de leucocitos y albúmina! —. Se levantaron todos, el doctor profesor antifilidor se retiró con su amante que soltó una risa vulgar, mientras que el profesor Filidor, con ayuda de los abajo firmados, llevó sin demora a su esposa al hospital. Firmado: T. Poklewski, T. Roklewski y Antonio Swistak, testigos.

A la mañana siguiente nos reunimos Roklewski, Poklewski y yo, con el profesor, en derredor del lecho de la enferma, señora Filidor. Su descomposición avanzaba con mucha rapidez. Iniciada por el diente analítico del anti-Filidor, hacia perder a la dama, en forma paulatina, su contextura. De tiempo en tiempo gemía sordamente: — Yo pierna, yo oreja, pierna, mi oreja, dedo, cabeza, pierna —, como si despidiera las partes de su cuerpo que ya empezaban a moverse autónomicamente. Su personalidad encontrábase en estado de agonía. Nos ensimismamos todos en busca de medios de salvación inmediata. Pero no había tales medios. Previa deliberación, con participación del docente S. Lopatkin, quien a las 7 y 40 llegó por vía aérea de Moscú, reconocimos una vez más la absoluta necesidad de métodos científicos violentísimamente sintéticos. Pero no había tales métodos. Entonces Filidor concentró todas sus facultades mentales, a tal punto, que retrocedimos un paso, y dijo: — ¡La bofetada! ¡Solamente una bofetada, y bien recia, es capaz de devolver el honor a mi esposa y sintetizar los elementos dispersos en cierto sentido superior y honorable de palmada! Por lo tanto, ¡manos a la obra!

No era tan fácil encontrar en la ciudad al Analítico de fama mundial. Recién al anochecer dejóse atrapar en un bar de primera clase. En estado de sobria embriaguez vaciaba botella tres botella, y cuanto más bebía más se desembrigaba; lo mismo sucedía con su analítica amante. Hablando con propiedad, embriagándose más de sobriedad que de alcohol. Cuando entramos, los mozos, pálidos como el papel, escondíanse pusilánimes detrás del mostrador y los amantes, en silencio, se entregaban a orgías interminables de sangre fría. Tramamos el plan de acción. El profesor debería efectuar, primero, un ataque falso con el brazo derecho en la mejilla izquierda y luego pegar con el izquierdo en la derecha,

mientras que nosotros, es decir los testigos doctores de la Universidad de Varsovia Poklewski, Roklewski y yo, como también el docente S. Lopatkin, deberíamos proceder sin demora a labrar el acta. El plan era sencillo, la acción nada complicada, pero al profesor se le cayó el brazo levantado. Nosotros, los testigos, quedamos estupefactos. ¡No hubo bofetada! ¡No hubo, lo repito, bofetada! Hubo solamente dos rositas y algo así como una viñeta con palomitas!

Antifilidor había previsto con satánica destreza los planes de Filidor. ¡Ese Baco sobrio se había tatuado en las mejillas dos rositas de cada lado y algo semejante a una viñeta con palomitas! A consecuencia de eso las mejillas, y también por consiguiente la bofetada intentada por Filidor, perdieron todo sentido. En realidad, la bofetada aplicada a las rosas y a las palomitas no era bofetada, era más bien algo así como un golpe contra el papel pintado. No pudiendo admitir que el pedagogo y educador de la juventud, generalmente respetado, quedara en ridículo por golpear un papel pintado debido a hallarse enferma su esposa, le convencimos de que desistiera terminantemente de cometer acciones que podría luego deplorar.

—¡Perro! — rugió el anciano —. ¡Infame! ¡Ah, infame, infame perro!

—¡Montón! — contestó el Analítico con inmenso orgullo analítico —. ¡Eres un montón! Yo también soy montón. Si quieres, dame un puntapié en el vientre. No me aplicarás a mí el puntapié en el vientre: patearás el vientre y nada más. ¿Querías provocar mi mejilla con tu bofetada? A la mejilla puedes provocarla pero no a mí; a mí no. ¡Yo no existo en absoluto! ¡No existo!

—¡He de provocarla! ¡Si Dios lo permite, la provocaré!

—¡Mis mejillas son impermeables! — rió anti-Filidor. Flora Gente, sentada a su lado, soltó la risa; el doctor cósmico de Ambos Análisis le dirigió una mirada sensual y salió. En cambio, Flora Gente quedóse. Estaba sentada en un alto taburete y nos miraba con desafiados ojos de loro completamente analizado. A los pocos instantes, exactamente a las 8 y 40, el profesor Filidor, dos médicos, el docente Lopatkin y yo procedimos a celebrar conferencia común. El docente Lopatkin mantenía asida, como de costumbre, la lapicera. La conferencia tuvo el siguiente curso:

Los tres doctores en leyes: —En vista de lo que acontece, no vemos posibilidad de resolver la querrela por vía del honor y aconsejamos al muy respetado señor profesor no tomar en cuenta la ofensa, considerándola procedente de un individuo incapaz de dar una satisfacción de honor.

El profesor doctor Filidor: —No la tomaré en cuenta, pero mi esposa se muere.

El docente S. Lopatkin: —A vuestra esposa no podremos salvarla.

El doctor Filidor: —No digan eso, no digan eso! ¡Oh, la bofetada, único remedio! Pero no hay bofetada. No hay mejillas. No hay medio de síntesis divina. ¡No hay honor! ¡No hay Dios! ¡Sí! ¡Hay mejillas! ¡Hay bofetada! ¡Hay Dios, Honor, Síntesis!

Yo: —Observo que al profesor la falla la lógica. O hay mejillas o no las hay.

Filidor: —Señores, ustedes olvidan que todavía quedan mis dos mejillas. Sus mejillas no existen, pero las mías sí. Aun podemos efectuar la jugada con mis dos mejillas intactas. Señores, quieran ustedes comprender mi pensamiento: yo no puedo abofetearlo pero él puede abofetearme. Será lo mismo. ¡Siempre habrá una bofetada y habrá Síntesis!

—¡Bah! ¿Cómo obligarlo a que abofetee al profesor?

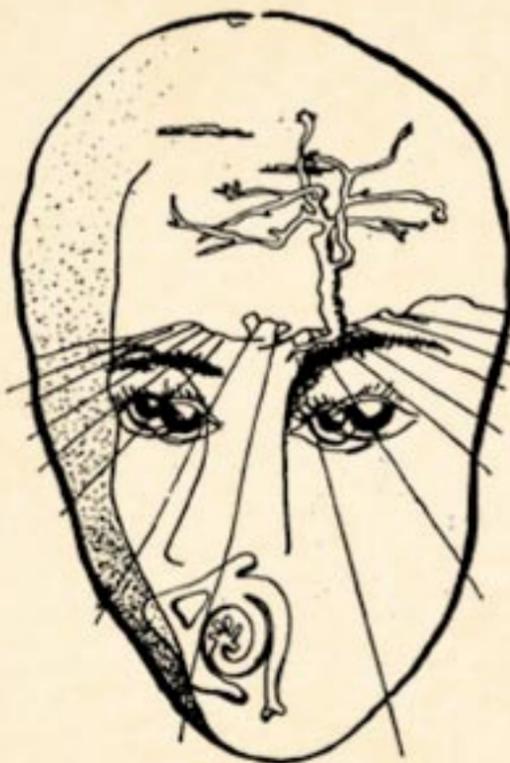
—¿Cómo obligarlo a que abofetee al profesor?

—¿Cómo obligarlo a que abofetee al profesor?

—Señores — respondió con recogimiento el pensador genial —, él tiene mejillas, mas yo también las tengo. La base consiste aquí en cierta analogía, y por eso operaré no tanto lógica como analógicamente. Será mucho más seguro, ya que la naturaleza está regida por cierta analogía. Si él es rey del Análisis, yo soy rey de la Síntesis. Si él tiene mejillas, yo también las tengo. Si yo tengo esposa, él tiene amante. ¡Si él analizó mi esposa, yo sintetizaré su amante y de esta manera le arrancaré la bofetada que se niega a entregar!

Y sin más demora hizo una señal con la cabeza a Flora Gente. Enmudecemos. Ella adelantóse moviendo todas las partes de su cuerpo, bizqueando con un ojo en mi dirección y con el otro en dirección al profesor, mostrando los dientes en una sonrisa a Stefan Lopatkin, echando la delantera hacia Roklewski y meciendo la trasera en dirección a Poklewski. La impresión era tal que el docente dijo en voz baja: —¿De veras acometerá usted con su Síntesis Superior esos cincuenta pedazos separados?

Pero el Sintesiólogo Universal poseía esta cualidad: que jamás perdía la esperanza. La invitó a la mesita, convidándola con una copa de Cinzano, y a guisa de introducción, para



sondearla, dijo sintéticamente: —Alma, alma—. Ella no contestó. —¡Yo! — dijo el profesor inquisitiva e impetuosamente, queriendo despertar en ella su Yo abismado. Ella respondió: —¡Ah, usted! Muy bien, cinco zlotys—. —¡Unidad! — gritó Filidor con violencia —. ¡Unidad Superior! ¡Igualdad en la Unidad!—. —Para mí todo es igual — dijo ella con indiferencia —, anciano o niño —. Mirábamos desalentados a esta infernal analítica de la noche a quien el anti-Filidor había adiestrado perfectamente a su manera, y educado para sí, quizá desde chica.

Sin embargo el Creador de las Ciencias Sintéticas no se desanimaba. Siguió un período de intensas luchas y esfuerzos. Le leyó los dos primeros cantos de Dante, por lo cual ella le pidió diez zlotys. Sostuvo una prolongada e inspirada disertación sobre el Amor Superior, amor que abarca y unifica todo, que le costó once zlotys. Le leyó dos magníficas novelas de las más conocidas autoras sobre el tema de la regeneración mediante el amor, por lo cual ella pidió ciento cincuenta zlotys y no quiso rebajar ni un céntimo. Y cuando trató de estimular su dignidad, Flora Gente exigió ni más ni menos que cincuenta zlotys.

—Por las extravagancias se paga, vejete — dijo —, para eso no hay tarifa—. Y abriendo y cerrando sus fatuos ojos de buho, no reaccionaba. Los gastos aumentaban y el anti-Filidor, paseando por la ciudad, reía para sus adentros de tales esfuerzos desesperados.

En la conferencia realizada con la participación del dr. Lopatkin y tres docentes, el eminente explorador informó la derrota en los siguientes términos: —Me costó unas cuantas centenas de zlotys y no veo realmente la posibilidad de sintetizar. Recurrí en vano a las supremas unidades tales como la Humanidad, que todo lo convierte en dinero devolviendo el sobrante. Y mi esposa, mientras tanto, pierde el resto de la conexión interior. La pierna se lanza ya de paseo por el cuarto. Cuando dormita (mi esposa, naturalmente, no la pierna) tiene que sujetarla con las manos, pero las manos se niegan a obedecer. Es un terrible trastorno, una terrible anarquía.

El dr. en medicina T. Poklewski: —Y el anti-Filidor hace circular rumores de que el profesor es un desagradable vicioso.

El docente Lopatkin: —¿y no se podría sorprenderla precisamente por medio del dinero? Permítanme. Veo aun confusa la idea que cruza mi mente, pero suceden cosas así en la naturaleza: tuve, por ejemplo, una paciente enferma de timidez. No pude curarla con audacia porque no la asimilaba, pero le apliqué una dosis tan fuerte de timidez que no la pudo aguantar. Y como no pudo soportar la timidez, se animó, y volvióse de pronto locamente audaz. El mejor método es el de "per se", arremangarse, quiero decir "sólo en sí, sólo en sí". Habría que sintetizarla con dinero, mas reconozco que no veo cómo...

Filidor: —Dinero... dinero... Pero el dinero forma siempre una cifra, una suma, que nada tiene de común con la Unidad propiamente dicha. Sólo el céntimo es indivisible, pero el céntimo no causa ninguna impresión. Salvo... a menos que... ¡Señores! ¿Y si le diéramos una suma tan grande que la atondrara?

Enmudecemos. Filidor se levantó bruscamente. Su barba negra agitábase. Entró en uno de esos estados hipermaníacos en que cae el genio indefectiblemente cada siete años. Vendió dos casas y un chalet en los alrededores de la ciudad y convirtió la suma obtenida de 850.000 zlotys, en zlotys sueltos. Poklewski lo miraba con asombro: simple médico de distrito no supo jamás comprender al genio, no supo comprender y por eso precisamente no lo comprendía en absoluto. Mientras tanto, el filósofo, ya seguro de lo que hacía, envió al anti-Filidor una invitación irónica, y éste, contestando la ironía con el sarcasmo, presentóse puntualmente a las 9 y 30 en un aposento del restaurante Alcázar, donde se realizaría el experimento decisivo. Los sabios no se dieron la mano. El maestro de Análisis rió, seco y malicioso: —¡Bueno, póngase contento, señor, póngase contento! Mi chica no es, que digamos, tan propensa a la composición como su esposa a la descomposición; a ese respecto estoy tranquilo —. Pero él también entraba gradualmente en estado hipermaníaco. El dr. Poklewski empuñaba la lapicera y Lopatkin mantenía asido el papel.

El prof. Filidor procedió en esta forma: colocó primero sobre la mesa un único zloty. La Gente no reaccionó. Colocó un segundo zloty: nada. Agregó un tercer zloty: tampoco nada. Mas al poner el cuarto zloty, ella dijo: —¡Oh, cuatro zlotys!—. Al notar que eran cinco bostezó, y al ver que eran seis preguntó con indiferencia: —¿Qué pasa, viejito? ¿Exaltación de nuevo? Recién después de colocados 97 zlotys advertimos los primeros síntomas de extrañeza y al llegar a 115 su mirada que hasta ese momento se posaba en el dr. Poklewski, en el docente y en mí, comenzó a sintetizarse algo sobre el dinero.

Al llegar a cien mil Filidor jadeaba pesadamente, anti-Filidor empezaba a inquietarse un poco y la hasta ese momento heterogénea cortesana consiguió cierta concentración. Miraba, fascinada, el montón creciente que en rigor dejaba de ser montón; trató de contar pero ya los cálculos no le salían bien. La suma dejaba de ser suma, convertíase en algo inabarcable, inconcebible, en algo superior a la suma, hacía estallar el cerebro por su enormidad, como el firmamento. La paciente gemía sordamente. El analítico se precipitó a socorrerla pero ambos médicos lo sujetaron con todas sus fuerzas; en vano la aconsejaba cuchicheando que descompusiera el total en centenas o mediomillares pues el total no se dejaba desunir. Cuando el sacerdote triunfante de la ciencia de sintetizar desembolsó todo lo que tenía y selló el montón, o más bien la enormidad, el monte financiero de Sinaí, con un céntimo único e indivisible, pareció como si alguna Divinidad penetrara en la cortesana: levantóse e hizo aparecer todos los síntomas sintéticos, llanto, suspiro, sonrisa, pensatividad, y dijo: —Señores, yo. Yo. Algo superior—. Filidor profirió un grito de triunfo y entonces el anti-Filidor, con un alarido de terror, libróse de los brazos de ambos médicos y pegó a Filidor en la cara.

Ese golpe era el rayo, el relámpago de la síntesis arrancado de las entrañas analíticas, que disipó las sombrías tinieblas. El docente y los médicos felicitaron con emoción al Profesor gravemente deshonrado. Su encarnizado enemigo se retorció contra la pared aullando atribuladamente. Mas ningún aullido pudo frenar el movimiento impreso a la carrera del honor porque el asunto, hasta ese momento no honorable, había entrado en las vías del honor.

El prof. dr. G. L. Filidor, de Leyden, designó dos padrinos en las personas del dr. Lopatkin y la mía; el prof. dr. P. T. Momen, con título nobiliario de anti-Filidor, designó sus dos padrinos en las personas de ambos médicos asistentes; los padrinos de Filidor provocaron honrosamente a los padrinos de anti-Filidor, y éstos, a su vez, provocaron a los de Filidor. Y a cada uno de estos pasos de honor la síntesis iba en aumento; el Columbiano se retorció como si estuviera sobre ascuas, mientras que el Leydeño, sonriente, acariciaba su larga barba. En el hospital municipal la profesora enferma empezaba a unificar sus partes, pidió leche con voz apenas perceptible y la esperanza nació en el corazón de los médicos. El Honor asomóse entre las nubes y sonrió dulcemente a los hombres. El combate definitivo se libraría el martes, a las siete de la mañana.

La lapicera sería confiada al dr. Roklewski, las pistolas al dr. Lopatkin, Poklewski debería tener el papel, y yo los sobretodos. El incansable luchador del signo de la Síntesis no abrigaba duda ninguna. Recuerdo lo que me decía la mañana anterior: —Hijo mío, tanto podrá caer él como yo, pero quienquiera caiga, mi espíritu saldrá siempre victorioso porque no se trata del acto de morir sino de la índole de la muerte, y la índole de la muerte es sintética. Si él cayese, rendiré con su muerte homenaje a la Síntesis; si me matase, mataré de manera sintética. ¡Así, será mía la victoria más allá de la tumba!—. Y en su exaltación de ánimo,

deseando honrar más dignamente ese momento de gloria invitó a ambas señoras, su esposa y Flora, en carácter de simples espectadoras. Yo estaba oprimido por malos presentimientos. Temía. . . ¿Qué temía yo? Ni yo mismo lo sabía: durante toda la noche me torturó el terror de desconocerlo y recién en el lugar del duelo comprendí mi temor. La mañana era seca y luminosa, como un paisaje pintado. Los enemigos de alma paráronse frente a frente: Filidor saludó a anti-Filidor y éste a aquél. Y entonces comprendí qué era lo que temía: era la simetría; la situación era simétrica y en ello consistía su vigor pero también su flaqueza.

Porque la situación tenía la propiedad de que a cada movimiento de Filidor correspondía un movimiento análogo de anti-Filidor, y Filidor tenía la iniciativa. Si Filidor saludaba, anti-Filidor debía saludar también. Si Filidor tiraba, anti-Filidor debía tirar también. Y todo, hago notar, debía realizarse en el eje que unía a ambos combatientes, que era el eje de la situación. Pero, ¿qué sucedería si el segundo desviase hacia el costado? ¿Si descarriase, si hiciese una mala jugada para eludir las leyes férreas de la simetría y de la analogía? ¿Qué perturbaciones mentales, qué traiciones podría ocultar la cerebralidad del anti-Filidor? Yo combatía tales pensamientos, cuando de repente el profesor Filidor levantó el brazo, apuntó recto al centro del corazón adversario y tiró. ¡Tiró y no dió en el blanco! Entonces el Analítico levantó a su vez el brazo y apuntó al corazón de su antagonista. Casi casi, parecía inflexible que si aquél había tirado sintéticamente al corazón, también éste tendría que tirar sintéticamente al corazón. Parecía no haber otra salida, ninguna puerta de escape intelectual. Mas, en un abrir y cerrar de ojos, el Analítico, en un esfuerzo supremo, sopló quedo, dió un alarido, apartó del eje de la situación el caño de la pistola y disparó hacia un costado. El tiro pegó ¿dónde?: en el dedo meñique de la profesora Filidor que, acompañada de Flora Gente, estaba parada a corta distancia. ¡Ese tiro fué la cumbre de la maestría! El dedo meñique cayó cortado. La señora Filidor, asombrada, llevó su mano a la boca. Nosotros, los padrinos, perdimos por un momento el dominio de nosotros mismos y proferimos un grito de admiración.

Y entonces ocurrió algo terrible. El Profesor Superior de Síntesis no pudo aguantar. Fascinado por la puntería, la maestría y la simetría, ofuscado por nuestro grito de admiración, también desvió y disparó, haciendo impacto en el dedo meñique de Flora Gente, y rió breve, seca y guturalmente. Gente llevó su mano a la boca y nosotros proferimos el correspondiente grito de admiración.

Entonces el Analítico disparó de nuevo cortándole el segundo dedo meñique de la profesora, que llevó su otra mano a la boca. Proferimos el grito de admiración. Un cuarto de segundo más tarde el tiro del sintético, disparado con infalible seguridad desde la distancia de diecisiete metros, cortó el dedo análogo de Flora Gente. Gente llevó su mano a la boca; nosotros proferimos el grito de admiración. Y así siguieron las cosas. El tiroteo continuaba incesante, encarnizado, violento y magnífico como la magnificencia misma, y los dedos, las orejas, las narices, los dientes, caían como las hojas de un árbol agi-

tado por el viento. Nosotros los padrinos no teníamos tiempo suficiente para proferir los gritos que nos arrancaba la puntería, rápida como el relámpago. Ambas señoras estaban ya privadas de todas sus extremidades y prominencias naturales y si no cayeron muertas fué también, simplemente, por la falta de tiempo, pues no pudieron alcanzar a morir, y sospecho, además, que gozaban cierto deleite exponiéndose a una puntería tan perfecta. Por último faltaron los cartuchos. El maestro de Colombo perforó, con su último tiro, la parte superior del pulmón derecho de la profesora Filidor; el maestro de Leyden al momento perforó en contestación la parte superior del pulmón derecho de Flora Gente. Proferimos una vez más gritos de admiración y luego reinó el silencio. Ambos troncos murieron, cayeron al suelo, y ambos tiradores se miraron.

¿Y qué? Ambos se miraron y no sabían bien ¿qué? Efectivamente: ¿qué? No había más cartuchos. Los cadáveres yacían por tierra. No había nada que hacer. Se acercaban las diez. En rigor el Análisis había vencido, pero ¿qué resultó de ello? Absolutamente nada. Igualmente hubiera podido vencer la Síntesis y tampoco resultara nada. Filidor tomó una piedra y la tiró contra un gorrión, mas no dió en el blanco y el gorrión voló. El sol empezaba a quemar. El anti-Filidor tiró un terrón contra el tronco de un árbol y dió en el blanco. Mientras tanto pasó frente a Filidor una gallina; Filidor tiró, dió en el blanco, y la gallina corrió escondiéndose en un matorral. Los sabios abandonaron sus posiciones y tomaron distinto camino.

Al anochecer anti-Filidor estaba en Jezioro y Filidor en Wawer. Uno, agazapado bajo una parva, cazaba conejos; el otro, si descubría un farol en un lugar apartado, le hacía puntería desde una distancia de cincuenta pasos.

Y así recorrieron el mundo, apuntando lo que podían con lo que podían. Cantaban aires populares y rompían gustosos las ventanas; les placía también estarse en los balcones y salivar en los sombreros de los transeúntes, y, ¡había que ver qué alegría les proporcionaba el conseguir dar en el blanco cuando se trataba de poderosos que viajaban en coche! Filidor se especializó hasta tal punto que podía escupir desde la calle a cualquiera que estuviese en un balcón. Y anti-Filidor apagaba las velas tirando contra la llama cajitas de cerillas. Con más gusto aún cazaban ranas con escopetas de pequeño calibre, o gorriónes con arco y flechas, o tiraban desde los puentes papeles y pasto al agua. Y el mayor placer era comprar un globo para niños y correr tras él, por campos y bosques. —¡Oh! ¡Oh!— acechando el momento en que estallaba con ruido, como alcanzado por una bala invisible.

Y cuando alguien del mundo científico recordaba el pasado glorioso, aquellas luchas del espíritu, el Análisis, la Síntesis y toda la gloria perdida irreparablemente, contestaban con cierta ensoñación: —Sí, sí. . . recuerdo ese duelo. . . ¡se disparaba bien!—. —¡Pero profesor! — exclamé una vez, y junto conmigo Roklewski, quien durante ese tiempo se había casado y formado su hogar en la calle Kruzca —, ¡pero profesor: habla usted como un niño!—. Y el añorado anciano nos respondió: —Todo está forrado de niñadas—.

HEMOS llamado a Pensador Poco en esta vez porque cuando no sabíamos para qué se hacían estos papeles y nos repetíamos la eterna pregunta: "¿Para qué vivimos?" — nadie lo supo ni dejó de vivir por falta de respuesta y es dudoso que se lo preguntara sinceramente — nos calmó prometiéndonos que la revista sabría en su tercer número qué era y para qué. Y nos dice:

—Será una revista que se permita la elegancia de una moderada irregularidad de aparición, porque se imprimirá en Salsipuedes, ese recodo y salto imprevistos del Río Paraná, a los que no es dado eludir sin la intrepidez necesaria para protegerse en el puerito de Mal Abrigo, de donde desearéis escapar enseguida con renovado denuedo.

"Será pro-Entusiasmo y anti-Fanática, atreviéndose pues con el dilema: "¿Cómo ser entusiasta sin ser fanático?" Y como también será inmortalista tenemos esto: ¿qué puede urgir a quien se sabe eterno? Pues: serlo con entusiasmo.

"No os desalentéis; téngase entusiasmo contra languidez y banalidad; y entusiasmo contra fanatismos. El entusiasmo es más bien un fin que un medio: ya estáis pagados con teneros en entusiasmo, es un estado mucho más grato en sí, aunque requiera un esfuerzo inicial, que la languidez. ¿Los resultados buenos? Tanto mejor. ¿Nulos? Ya vuestro entusiasmo fué placer. La languidez sufre de miedos y en sí misma es un estado pobre.

Calmada nuestra pregunta sobre el sentido de estos papeles, el Pensador puede quedar dueño de su soledad.

• Todos sabéis que Pensador de Poco — no soy único en el género: los hay tan de Poco, pero no acertaron con lo que eran — tiene en preparación su obra fuerte:

EL SOL Y UN FOSFORO

Capítulos:

Nada y todavía más
Todo + 1
Final de lo no empezado
Nada — 1.
Lo que acabó al principio

Capítulo último:

Trata de lo que en él se diga. (Este es un capítulo igual a su diferente, aquél en que Quevedo no cumplió, pues en tal capítulo homónimo al mío habló de más cosas de las que dijo).

En nuestro país — como en casi todos — no hay ningún fanatismo, pero se simulan varias docenas. Yo quisiera que hubiera uno, pero uno sólo: El Fanatismo de la Abundancia, de la sana y duradera prosperidad, no de la Prosperidad de especulaciones y financismos.

Yo he leído hace muchos años que había un teórico e industrial efectivo, Solvay me parece, y que era belga (y sostenía que era poco importante la distribución aleatoria de la riqueza y todo importante el máximo de productividad útil por habitante). Y después he leído algo de Tecnocracia del norteamericano Howard. Yo vengo a ser uno que llega a tiempo pero tercero, porque el tren de la Prosperidad se ha demorado en partir. Hay por tanto que empezar prestamente a no llegar más tarde.

En el primer capítulo de mi obra, a que habrá de perdonarse cierta grandiosidad, comienzo con estas palabras:

"En una humanidad de uno en tres, una psiquiatría de dos en tres. . . Desistiré de hacer literatura incomprensible aunque hoy es

PENSADOR POCO SE DESPLIEGA

la única que se comprende, y aclararé que quiero decir: las estadísticas dan ya una proporción excesiva de afectados mentales en la humanidad civilizada: ya llega a ser uno de cada tres personas comunes. Pero entre los psiquiatras — que nos están invitando a que les entreguemos el gobierno del mundo — la estadística es más intensa: en tres psiquiatras hay dos afectados mentales. (Ofreceríase una analogía si entre los dietistas — que se disputan con los psiquiatras sus auge en los auditorios — ocurriera una estadística: se sabría que de cada tres sólo uno come mientras que entre los simples mortales comen dos de cada tres).

Se va a temer que en este libro haya tomado la palabra uno de los tres hombres comunes: el afectado mental. Y bien, yo estoy tan sincero en mi pensar e intenciones que acepto la clasificación que de mis ideas deduzcan algunos."

En ese primer capítulo me ocupé de los argentinos y de los latinoamericanos y propongo la siguiente fórmula de la convivencia económica humana:

Hay que desistir en gran parte del urbanismo y de la división del trabajo, dos fetichismos de la civilización álgida, y tomar por base estas reglas de la convivencia:

1) La mayor prosperidad y comodidad moral en la sociedad humana es proporcionar el mayor número de horas promedio cotidiano de estar los padres con los hijos: mínimo de Calle, máximo de Casa.

2) Y para obtener esto, el único camino es que no exista ninguna persona que sólo viva para el jornal, es decir para vender trabajo por dinero y comprar mercaderías con el dinero. El 50 % de todo el consumo de un obrero y su familia debe ser de producción directa y para esto cada hogar debe tener un área de terreno cultivable.

Para cumplir cabalmente este arreglo social-económico vengo proponiendo desde muchos años la Ciudad-Campo. Esta ciudad a su vez convendría que se constituyese de dos o tres calles tendidas a lo largo de ribera marítima, fluvial o lacustre, o en torno de bosques o de amplias praderas, demarcando también zonas para trabajos extensivos y para aldeas de fábricas. Lo más importante a lograr con esta ciudad-campo es sin duda la prolongada vida de hogar.

La desaparición de las grandes ciudades contribuiría más que toda otra cosa a enrarecer las guerras. Y la abundancia de productos sería tal que nadie se preocuparía de quejarse de diferencias de riqueza, aunque se produjeran, porque soy partidario de la absoluta libertad del comercio que no sea del capital natural, que debe estar fuera del comercio. Los hombres que allegan grandes riquezas son generalmente bondadosos, generosos, pero muy injustos en sus dadivosidades: quisieran el bien pero no saben o les fatiga cumplirlo; con la desaparición del 50 % del comercio y la inapropiación del capital natu-

ral los desniveles de fortuna individual serían insignificantes. Y en cuanto a la herencia, además de que es una institución apenas existente pues casi el 90 % de las herencias moderadas y pequeñas desaparecen en la manipulación de su transmisión e imposición y antes de la transmisión en la conspiración (1) sobre la voluntad del causante, la única duradera es la del haber tenido el cariño y el trato constante con los progenitores, como este trato y cariño es también la única instrucción y educación efectiva. Los príncipes de la riqueza que llenan bulliciosos las ciudades son brillantes, espléndidos, muy interesantes, pero una ciudad-campo de 5 a 10 millones de hogares es mucho más interesante.

Dirán ustedes: ¿Y una casita para el Superior Gobierno no habrá? Si es por casitas, van a sobrar, pero, ¿qué hará un Gobierno en una ciudad-campo?

Y aquí concluye este por ahora extracto de mi próximo libro agradeciendo por anticipado todo género de adhesiones y objeciones, y no sin reservar a Eduardo Keller Sarmiento el diploma de primer vecino de la Ciudad-Campo. Lo primero un artista.

• ¿Qué sucederá cuando morimos? Tengo dos espectáculos terribles con pequeñitos seres: transido de furor de agresión rapaz el uno, de dolor, terror y hambre el otro, cuya proximidad humanicia me fué evidente.

Primer caso: El de una arañita que asediaba con furor a una mosca para aniquilarla o reducirla; giraba su hilo en un sentido y luego con el mismo vértigo en el sentido opuesto. Pues esa araña que con tal vivacidad y fiereza giraba, se detenía y volvía a girar inversamente, siempre en forma veloz, para mí era una psique humana que hubo individuada y ahora se expresa por esta forma.

Segundo caso: Una vez, en el campo, un peón sacó de una bolsa en que habían sido encerrados varios gatos chicos, uno de quizá dos semanas. Acaso hacía varios días que estaban arañándose y luchando dentro de la bolsa. Y ese animalito tenía un terror tan alarmado al menor gesto de acercarse a tocarlo; atacaba, chillaba, resoplaba, con una ira dolorosísima, gimiente, desesperante se puede decir, mientras miraba con los ojos muy brillantes y abiertos; quedaba quieto cuando nada se movía alrededor, como descansando; transparentaba una tortura de pavor e ira como no se puede concebir en un humano. Era un ser humano que estaba dominado por el terror y la ira. Era un ser humano que se manifestaba en esa forma.

La arañita y el gatito poseían psique humana. Esta psique, que había sido tal siempre, que consecutivamente a la muerte del cuerpo humano a que estuvo ligada siguió existiendo como un ser corporalmente microscópico (cf.: Leibniz, "Monadología", párrafo 72 y *passim*), sin forma ostensible, llega un momento en que reasume, cuando las circunstancias cambian, una nueva corporalidad de ente viviente.

Como he prescindido de muchos detalles punzantes impresionaré poco al lector, pero asegúrole que en los dos casos, el gatito y sobre todo la arañita, más pequeña de un centímetro, me dieron miedo. Agregaré que metafísicamente significan estos casos que estamos expuestos al no reconocimiento; la memoria perdurará pero sin esperanza de reconocimiento de la identidad: ahora esas psiques humanas poseen sus recuerdos pero ligados a sus propias figuras de araña y gato.

(1) Como se oye, no me aflige el cion-ismo.

ENSAYO II SOBRE MUSICA

En toda época existió sin duda alguna la desconfianza y hasta el miedo de lo inédito, de lo desconocido, de lo que no venía anunciándose por el pasaporte conferido por la experiencia de los siglos. Esto sucedió muy especialmente con las actividades del espíritu, ya se tratase de aquellas de orden especulativo o de las de orden sensitivo. Todavía suelen sorprenderse las gentes de la empedrada negación de que fueran objeto, en el pasado, ideas filosóficas, conceptos éticos, descubrimientos científicos y concepciones artísticas que hoy aceptamos como la razón suma, el orden, la armonía y la verdad incontrovertibles. Seguramente, muchas de esas personas, quizás por falta de perspectiva para contemplarse a sí mismas cuando se detienen a juzgar una nueva concepción mental, una pintura o una obra de música contemporánea, no pueden autoreconocerse como dignas descendientes de aquellas que en nombre de las buenas costumbres tradicionales desterraban a Fidias, dieron la cicuta a Sócrates, pasaron de largo burlona o indiferentemente junto a Leonardo, o se irritaron por los exabruptos sonoros de su contemporáneo Beethoven, tan faltos de la elegancia y del buen gusto que las costumbres de las academias de la época exigían; sin olvidar el caso típico de Juan Sebastián Bach, cuyo genio creador jamás fue comprendido y aún menos reconocido durante su vida.

Es perfectamente natural que para la mayoría, toda nueva concepción sorprenda y desoriente; y conste que no nos referimos a los profanos; de ninguna manera; generalmente son los doctos, los entendidos, los que más desorientados se encuentran en cuanto surge algo que los inquiete en su cerrada especialidad, o en sus prejuicios profesionales, trabajosamente conquistados y meticulosamente cultivados. El profano casi siempre reacciona contra la novedad porque la supone algo surgido por generación espontánea, sin cordón umbilical que la una al mundo de las cosas establecidas y normales y aceptadas por todos como tales.

Wagner, que hoy nos parece la lógica derivación y consecuencia de todo el Romanticismo musical, y condensador de todos los esfuerzos expresivos que recorren la línea Beethoven, Weber, Berlioz, Liszt, fué considerado por sus contemporáneos, durante un cuarto de siglo, como fenómeno individual de la música, desligado de toda la tradición de mito. Pero si no nos cansáramos de recordar que todo movimiento o tendencia artística deriva de sus precedentes, de quienes toma empuje e influencia, directa o indirecta, negativa o positiva, y continuásemos señalando, a través de explicaciones concisas la transición de un estilo a otro, de una tendencia a sus derivados, es muy probable que la comprensión del público hacia las nuevas concepciones artísticas fuese más rápidamente encaminada; y entonces el gusto o la disposición personal harían el resto. Nadie está obligado a gustar lo nuevo por el mero hecho de que de algo nuevo se trate, pero sería bien que los públicos — los artistas — llegaran a ver o a oír el arte de nuestro tiempo con la idea de que no se trata de engañarlos en su buena fe.

Es necesario que ese público sepa al menos por qué se pinta de tal modo, distinto del de antes, o se escriba música que al parecer nada tiene de común con la del pasado. Si ese saber fuera logrado, seguramente no veríamos en las exposiciones de pintura contemporánea esas caras de "a mí no me lo harán creer", o de "se pinta así por no saber dibujar"; y posiblemente tampoco tendríamos que contemplar casi vacías las salas de concierto donde se amenaza con la ejecución de obras pertenecientes a las nuevas tendencias: exactamente igual que hace veinticinco años en el Teatro Colón, cuando se representaba *Tristán e Isolda* o *El ocaso de los dioses* ante un puñado de Wagnerianos desesperados.

No estaría mal para los que creen en la anomalía y el absurdo que supone la música de nuestro tiempo, el trazado de una guía documental, de un itinerario que les determinase cada etapa en el desarrollo de esa música. Ni nuestro público ni nuestra crítica tienen la menor idea de lo que significan los problemas de la música actual; cuando deben opinar sobre el tópico se limitan a expresar que se trata de cosas "cerebrales" y "sin interés". Esta terminología encierra toda la comprensión de nuestra crítica ante las conquistas de la música contemporánea. Y así, como nos escribía Krenek recientemente, "personas que comienzan a descubrir los "secretos" de Verdi o de Tchaikowsky, y juegan como cosas pasadas nuestros esfuerzos en el campo del Atonalismo". Quizás la guía que proponemos, les hiciera ver que las expresiones musicales de hoy son, al menos, consecuencias de esfuerzos y realizaciones anteriores, y no cosas arbitrarias o desorbitadas, libradas al azar o al capricho de quienes las comprendieran y realizaran.

Evidentemente pocos períodos de la Historia de la Música aparecen tan interesantes, ricos y movidos como el actual, indistintamente a lo que a teorías y prácticas se refiere. A la considerable serie de espíritus creadores, cuyo número recuerda los días del período barroco por su diversidad y abundancia, únese una cohorte de investigadores, y lo que es más importante, de teóricos de la música que en las postrimerías de un estilo — de

una cultura quizás — agudizan su visión en procura de nuevos medios que impulsen hacia una música futura. Propositiones como las de Busoni, visionario que ya a principios de este siglo se anticipara teóricamente a la pantonalidad de Schönberg y a los cuatros y sextos de tono de Alois Hába, deben ser considerados como el evangelio de las nuevas tendencias musicales.

Las realizaciones posteriores a Busoni, ya sea en los dominios de la armonía, como en Schönberg y su escuela, o en la subdivisión del Semitono, como en Alois Hába y el grupo de compositores checoslovacos y yugoslavos que le siguen, significan el máximo impulso vivificador inyectado en la música de Occidente desde la creación de la armonía y la orquestación romántica — Berlioz, Liszt, Wagner — en el siglo XIX. Es natural que nada de eso ha podido realizarse sin violentas luchas. Muy al contrario, ellas han sido tan intensas cuanto más demoledoras resultaron, para los espíritus conservadores, las innovaciones propuestas y realizadas por aquellos espíritus visionarios.

En efecto, a los valores tradicionales, que en el período de 1914 prolongaban su existencia con recursos del viejo arsenal romántico, — hiperestesia, megalomanía — y que ya entonces refían ruda lucha con las nuevas ideas triunfantes o sea el Impresionismo de Debussy, Scriabin y Schreker, aún estorbaban la marcha de cosas que llegaron mucho después, (1) y cuya principal misión, que nunca le será suficientemente agradecida, fué limpiar la atmósfera de densidades irrespirables, a cuyo imperio había contribuido en no escasa medida Ricardo Strauss con su materialismo cónico, la elefantiasis sinfónica de Gustav Mahler, — enormes caudales de energía gastados en la inútil galvanización de cosas muertas, — el decadentismo de los *Ballets Russes* y el narcisismo de los derivados de Debussy, Ravel o Roussel. En época alguna han sufrido los problemas estéticos una conmoción más violenta que en nuestros días. Es la época del relativismo filosófico, científico y artístico, en consecuencia. Casi nada o muy poco de cuantos valores habíamos llegado a considerar como la piedra angular de toda lógica en la música — tonalidad, desarrollo temático, simetría melódica, — quedan en pie actualmente; y los desesperados esfuerzos para aferrarse a ellos, aun en casos de músicos tan considerables como Hindemith o Strawinsky, no hacen otra cosa que demostrar una vez más, luego del encandilamiento que nos produce la pirotecnia instrumental y la habilidad de oficio de esos compositores, de la inútil actitud de querer revivir lo ya definitivamente concluido por gravitación natural (2). A raíz del más profundo y despiadado análisis que se haya realizado en nuestros días con cuanto era considerado tabú en el terreno de los sonidos organizados, es esta la hora en que parece no haber quedado elemento musical alguno que no haya sido sometido a la prueba decisiva. ¿Qué es lo que luego ha restado de las verdades inmutables de tonalidad y de forma, y de los eternos cánones de la belleza musical de que nos hablaban imponentes profesores que jamás habían logrado realizar media página de música?: bastaron los esfuerzos de un Busoni, de un Schönberg o un Hába para demostrar que el inexpugnable castillo de los eternos valores de toda música estaba construido a base de convencionalismos. Y es que hay que convenir que jamás se había realizado un ataque tan a fondo a los antiguos preceptos, al punto de que realmente se ignoraban su fortaleza o su debilidad.

A raíz de ese ataque, ningún dominio de la técnica y ni siquiera aspecto técnico alguno quedó sin explorar y sin analizar por lo básico; pero, es bueno tenerlo en cuenta, ello no fué llevado a cabo sino en función de impulso hacia objetivos inéditos. De esto que para muchos no fuera otra cosa que un ejemplo vitando de disolución, surgió en realidad todo un mundo de insospechados posibilidades (3).

La armonía, la tonalidad, la forma sobre ella cimentada y hasta la concepción del timbre, sufren una transformación total. Todos los ingredientes del oficio son examinados al microscopio, en un punto de partida de una exigencia extremada, cuya finalidad estaba en constatar si las posibilidades de aquellos medios estaban o no agotadas, o si aún poseían valores utilizables para el desarrollo ulterior de la música. De ahí surgió el *atonalismo*, que deviene, a fuerza de conquistas inesperadas en el terreno armónico — Schönberg —, en la forma, que ya no procede de la cadencia tonal sino que extrae su disposición y coloración especiales de una armonía preestablecida — Schönberg, Alban Berg — que se origina, declámas, en un virtual expresionismo, en un mundo de sonoridad, matiz, planos y clima poético casi impalpable de puro sutil. *Pierrot lunaire*, melodrama para una voz recitante y cinco instrumentos, escrito por Schönberg sobre texto de Albert Giraud, y *Wozzeck*, ópera de Alban Berg sobre texto de Georg Büchner, parecen ser hasta ahora las dos realizaciones máximas, el vértice más agudo logrado por el Expresionismo central-europeo, del que además son figuras prominentes Anton Webern, Ernst Krenek, Egon Wellesz, Paul Pisk, Hugo Kauder.

Los deportes teóricos del análisis schönbergiano han demostrado que nuestra escala llamada natural es la menos natural y la más arbitraria que existe; que el concepto de consonancia y disonancia es relativo a las distantes épocas históricas; que la tonalidad es sólo un

recurso convencional. Cuando abandonando los esquemas tradicionales de forma Schönberg se ve forzado a un nuevo constructivismo que obre a modo de dique para contener las desbordantes riquezas a-tonales de las obras de su segunda manera (4), concibe una nueva técnica, denominada "de los doce sonidos", que viene a concretarse como la liberación total de todos los artificios de la música tradicional, la creación de nuevas formas y el logro de un clima armónico capaz de encarar todos los problemas de expresión inmanentes a las nuevas fuerzas espirituales. Se trata, en rigor, de un lenguaje sonoro inédito, que no debe entenderse como simple recurso del oficio (5) sino como el medio de expresión sonora más radical de los últimos tiempos. Asistimos actualmente a la mayor transformación que el mundo haya quizás experimentado. Somos testigos de ese gigantesco acontecimiento, que, ciertamente, debe hacer sentir su influencia sobre la expresión artística de nuestra época. Infortunadamente, una gran parte de las gentes rehúsan reconocer esta transformación global, cerrándose a sí misma a los problemas intelectuales y artísticos de los tiempos nuevos. Por eso no debe extrañarnos la ceguera de muchos artistas — y aquí nos referimos en especial a los músicos — que ignorantes de un lenguaje sonoro que parte de hoy con proyecciones que diríamos ilimitadas, rehúsan conocerlo, confortablemente apoltronados en su neo-clasicismo dieciochesco y pueril, en sus carcomidas recetas folklorizadas, en su burda idolatría ante todo valor reaccionario, Brahms y Verdi inclusive, en su arroboamiento ante el "colorismo" a toda costa (6). Pero el tiempo no se detiene: las ideas son más fuertes que los preconceptos y que las conformidades con lo establecido. Por otra parte es cosa sabida que siempre los tradicionalistas, en el peor sentido de la palabra, es decir, los plagiarios, perezosos y repetidores del pasado, rechazan todos los ensayos de creación nueva donde no se reconozca una copia más o menos fiel a lo ya anteriormente realizado.

"En arte se es revolucionario o plagio", decía juiciosamente Cézanne.

Luego de la implantación de la técnica de doce sonidos comienza en la música un nuevo período constructivo. El músico creador (7) se ha despojado de los recursos tradicionales del *métier*, como plan tonal, desarrollo melódico, repeticiones textuales, polarización de unos acordes sobre otros, cadencias, rellenos de toda especie, como asimismo de toda definición o imagen de procedencia más literaria que musical (8). A continuación, las fuertes y naturales corrientes de la música venen toda dialéctica y logran su expresión dentro de las nuevas conquistas, logradas hasta entonces gracias a una renovación total de la armonía. La doble tonalidad de Debussy, la politonalidad de Milhaud, Honegger, Casella, Hindemith y diversos compositores de Checoslovaquia y de la U. R. S. S., pero especialmente de Schönberg y de su grupo vienés, encaran la renovación desde el punto de vista de una armonía centripeta, actuante, en oposición a la armonía tradicional, verdadero sostén de las ideas melódicas y a ellas subordinada.

Los que vienen a continuación, Alois Hába, Karel Reiner, Slavko Osterc, Demetrio Zebec, Joseph Koffler, experimentarán en diversas técnicas, incluso la microtonal. La etapa iniciada por Schönberg es continuada por Alois Hába y su discípulo Slavko Osterc con el libre empleo de los doce grados de nuestra escala — independizados de la rigurosa ordenación por "series" que practicara el maestro del Atonalismo — con ausencia total de repeticiones o de secuencias melódicas, yendo en esto también más que Schönberg, quien emplea la reexposición, si bien alterando la temática por medio del ritmo (9).

Haba inicia de este modo una nueva etapa en la música actual: el estilo atemático, y con él una concepción inédita de la forma, cimentada en la rítmica. Es esta la postrera etapa de valor histórico lograda por la música de Occidente. Y a la vez, practica el compositor checo, desde 1919, en el peligroso terreno

(1) El politonalismo y la reacción rítmica de la música posterior a la guerra 1914-18.

(2) Actualmente esos compositores han llegado a un punto muerto en sus tentativas neo-clasicistas.

(3) Hay quienes sostienen que Schönberg se adelantó en medio siglo a la evolución de la música.

(4) Comprendida entre las "3 piezas", op. 11, y las "Orchesterlieder", op. 22.

(5) Lo espere de que hasta colocar las doce notas de la escala en un orden repetido a capricho para lograr maldad en los doce sonidos, no merece siquiera ser tenida en cuenta.

(6) Strawinsky y Ravel, creando infinidad de recursos instrumentales, han desplazado la música al plano de la pura sensación auditiva, lograda a través del colorido orquestal. A partir de ellos, y siguiéndolos en esa directiva, el compositor llega a interesarse ya por "lo que suena" en la música, más de "cómo suena". No otra cosa es emplear bellas conjunciones de palabras sin inquietarse por su sentido y significación.

(7) Nos referimos a los que recogieron las enseñanzas de Schönberg.

(8) De ahí la dificultad, para el músico tradicionalista, de lograr algún resultado satisfactorio al emplear la nueva técnica, verdadera higiene mental que rechaza cuanto no sea absolutamente necesario a su finalidad.

(9) Verdaderos modelos de estilo atemático son los "Cuartetos" y las "Fantasías", la "Toccata" para piano y la "Composición para flauta" de Alois Hába.

PSICOSOCIOLOGIA DEL HOMBRE Y LA MUJER

(EJERCICIOS EN PESIMISMO)

La mujer — comencemos por ella, oh galantería — es una plantita que ha nacido con la desgracia de saberlo todo, de no dudar de nada, de tener certeza siempre, de no poder disparatar, como los catedráticos y los tratadistas. Piensa tanto en el destino de la humanidad y en el misterio como un ombú; y es porque lo sabe todo: que nunca hubo ni habrá Progreso, no hubo ni habrá gananciosos con la Vida. La idea de progreso es menospreciativa del Pasado y como siempre habrá infinitas generaciones de pasado, el hombre cree en el progreso porque con respecto a esas generaciones quiere creer que fué un acierto suyo nacer después; el pobrecito se olvida que las generaciones de varones del interminable futuro lo menospreciarán a él.

Si la mujer es un vegetal en su sencilla certeza e incomplicación, el varón es un entretenido fácil e inmiscuído en lo humano y lo cósmico, sin claridad, aunque a menudo el filo se le vuelve lomo, es decir se pone generoso e inofensivo. Por su necesidad de averiguar e intrusonar y por su desesperada necesidad, también, de creerse amado, por lo primero está destinado a ser hecho añicos por la vida y el mundo telúrico, y por lo segundo a ser hecho añicos por la mujer. (Esto quizá en descuento de su satisfacción de alabar el progreso y desvalorar la felicidad de los hombres pasados y *¡ser uno que vive en el presente!*: el mayor dolor del hombre es que su creencia de ser amado tiene decaimientos y sospechas).

El error del hombre consiste en haber dejado el barrilete, el regar con manguera, pescar; sin querer apropiarse del gobierno de la parroquia. De todos estos juguetes nada como la caña de pescar tan significativa: la prueba es que aunque nos rebelamos a tanta comicidad caída sobre nosotros, la espina dorsal proseguida en el cuello inclinado y la cabeza está dibujando la caña de pescar que es el recreo integral destinado al hombre. La caña de pescar no piensa, en lo que es superior al hombre, que es caña pero piensa, y es raro que no haya vencido la caña de pescar y suprimido al hombre el pensamiento. No se vacila en la elección entre caña de pescar y caña de pensar: la victoria es la caña de pescar.

Habría que poner delante del funcionario que está hablando del engrandecimiento nacional, de los grandes destinos de la colectividad, un arroyito pintado, e introducirle en la mano una caña de pescar: inmediatamente pegaría el tirón para recoger un pez. Al rato estaría diciendo lloronamente "no pica", "no pica". Y si a los diputados se les repartieran bondas de goma y municiones, y se soltara un gorrion en el austero ámbito, la ebriedad de la caza los haría hasta útiles y honrados.

La mujer es la guerra a todas y todos, en cuanto sea necesario para su casa. Y el hombre está pensando en conquistar la Siberia. Entonces la mujer le dice: "Lo único que te dejó hacer es ser Presidente de la República. (El quisiera balbucear: "Déjame de empleos, yo quiero ser de influencia en la parroquia"). Pero meterte en la casa, criticar los plumeros y el carbón, no." Pero el hombre de nuestro ejemplo era además astrónomo apasionado y obstinado físico. Un día vuelve a su casa, llama al timbre, se le aparece su señora y dicele: "Hija, abrízame: ¡he roto el átomo!" "¡Otra cosa que tendré que remendar — contesta ella.

Construyendo nuestra investigación, cifra de largos años de observación personal y bibliográfica, se podrá decir:

El "Malhumorado Inteligente", compatriota de muchos estudios científicos que resesna por ahora nombrarse, nos concede unas páginas de obras próximas; contienen un alegato pero ¿a favor de quines? Lo publicamos algo provisoriamente; con más tiempo resolveremos sobre su destino.

El hombre trabaja en la "máquina más poderosa para probar ejes mecánicos", y en vidrios ópticos para los binoculares, telémetros, miras de bombas, microscopios, equipos metalográficos y espectrográficos, y sabe que pronto ("pronto", en el Futuro, y nunca en todo lo anterior del Tiempo) se aplicarán dispositivos electrónicos en beneficio de la radiodifusión libre de estática, por frecuencia modulada, por televisión, y más. La mujer, mientras, sabe que las modas de cada tiempo son hermosas, y vuelve a las mangas abullonadas o a las cabelleras estilo helénico o renacentista (además de saber que un chal blanco en tejido araña — para la noche — no oprime el peinado). Es menos rutinaria que el hombre, que padece la rutina de inventar y progresar.

(Parecerá la mía mala ciencia, o al menos escasamente fantástica. Pero:

"De cualquier modo, es cierto que, exceptuando un neolamarckismo ecléctico, ninguna concepción coherente del mundo orgánico parece posible; queda el *quasi absurdum*, es decir, el preformismo, el fijismo, el creacionismo mosaico, la armonía preestablecida, o bien una evolución dirigida por un Demiurgo, tipo emergentismo de Lloyd Morgan, o una evolución por sólo causas internas, tipo hologenismo de Rosa, concepciones todas no menos fantásticas, irracionales, místicas (y antibiológicas) que una de las tantas cosmogonías creadas por mentalidades primitivas" (Mario Canella, "Orientaciones de la Biología Moderna", p. 216).

"El hecho de la sinapsis está asegurado, pero su dinámica permanece aún siendo uno de los tantos problemas sin resolver". (Chr. Jacob, "Neurobiología General", p. 34).

"Todos y cada uno de nosotros sabemos las infinitas cosas que quedan aún por hacer en este punto. Ninguno de nosotros deja de sentir la manquedad de la ciencia de la vida moderna, su estado problemático". (Luis Bertalanffy, "Teoría del Desarrollo Biológico", t. II, p. 221).

Después de tan altos sabios, no es mucho que yo pueda equivocarme de buena fe y sin dolo en mi teoría del hombre y la mujer, desde el punto de vista de su existencialismo sociocosmológico.)

EL MALHUMORADO INTELIGENTE.

NOTA REDACCIONAL: Parece que el autor comete el error de escribir cuando le duele un diente. Mal método: apenas disimulado por su tentativa final de confusión con autoridades mundiales que saben lo lenta de la Ciencia; hoy las mujeres son el "texto débil y boxeador", y los hombres...

de las subdivisiones del semitono (10). Esto, que carece de antecedentes histórico en la música europea — las experiencias de los griegos y de los teóricos medievales no prosperaron prácticamente — pertenece en rigor al Oriente, y se presta, al menos por ahora, a las mil discusiones y controversias que ha originado.

Otra tendencia extremista es la que hace derivar la música al campo de los sonidos atemperados, al terreno de la percusión pura, al ruido, al plano experimental de los norteamericanos Ray Green, Doris Humphrey, Gerald Strang, William Russell, Edgar Varèse, Harold G. Davison y J. M. Beyer. Parece ser, sin embargo, que estos experimentos a base de ruido y de rítmica elementalista, que retrotraen la música al período pre-histórico y a estados pre-elementales del hombre no resuelven sino problemas de detalle puramente instrumentales. Esta tendencia parece derivar en parte de las concepciones de los futuristas italianos y de la jazz. De todas maneras, la reacción en favor de la rítmica y del *bravú*, gracias a la pujanza de Stravinsky y al fuerte nervio racial de Bartók y la inyección de jazz en el organismo europeo, influye poderosamente en Milhaud, Hindemith, Krének, Honegger, Jean Wittner, y los checoslovacos Miroslav Ponec, Erwin Schulhaf y Vladimir Polivka. Todos ellos buscaron la renovación de la música a través de la rítmica, logrando resultados eufóri-

cos, dinámicos, extravertidos, que son los antípodas del Expresionismo de Schönberg y su escuela, espiritualista, introvertido, esotérico, pesimista, aunque de una concentración de elementos y una densidad poética infinitamente superiores (11).

En cada una de las tendencias dominantes en la música contemporánea podemos rastrear su ascendiente tradicional, demostrando así su continuidad histórica. Los polizonalistas remozan el sentido tonal clásico y los atonalistas devienen directamente del cromatismo de Liszt y de Wagner, disolviendo las formas y concepción armónica en que se apoyan aquéllos. A continuación Schönberg emprende nuevas estructuras estableciendo la técnica de doce sonidos, y Alois Hába resuelve la cuestión formal desde un nuevo ángulo, creando el estilo atemático, usando libremente los grados de la escala temperada y abandonando las "series" de Schönberg (12).

Todo cuanto antecede comprende la evolución sensible y cultural de la música en lo que va transcurrido del siglo XX. Su entronque tradicional es cosa innegable. Nada de cuanto pareciera disparatado al auditor habitual de conciertos es obra del azar, siendo en cambio un producto logrado a través de lógica, disciplina, control (13). Si el lector poco avezado en los múltiples senderos que recorre la música de nuestro tiempo, grabara en su memoria el esquema de la marcha y evolu-

ción de esa música, de 1900 hasta hoy, lograría fácilmente orientarse y diferenciar tendencias, estilos, autores. Quizás el comienzo sea difícil, pero luego se habrá logrado una experiencia más, tanto en lo referente al conocimiento cultural como en lo que respecta al enriquecimiento de la sensibilidad.

JUAN CARLOS PAZ.

(10) Los cuartos, sextos y doceavos de tono.

(11) Excluímos de esta lista de autores a los norteamericanos Harris, Kerr, Copland, Cowell, Platon, Josien, Donovan, Diamond, etc., preocupados en general por lograr una expresión localista. Sería, en cambio, la oportunidad de citar a Ben Weber y a George Perle, atonalistas ambos y encaminados hacia problemas musicales de carácter universal, así como también Ruth Crawford y Roger Sessions.

(12) La "serie" que comprende las doce notas de la escala, origina, en el transcurso de una obra, todos los desarrollos y las combinaciones de canón y de imitación, así como la disposición y encadenamiento de los acordes. De esta manera la unidad y la cohesión se logran, sustituyendo las funciones ordinarias de la tonalidad.

(13) "Hay creación cuando la imaginación va más allá, cuando es capaz de llegar a crear nuevos procedimientos y nuevas formas. Componer consiste en seguir bien, con más o menos variación, los caminos conocidos" (Carlos Chávez: "Creación y composición").

Visitas de Dionisio Buonapace

V EDLO entrar rozagante, meridiano. Siempre trae en los labios su penúltima idea y le place que se la refute. Es seguro que nos ofrece alguna primicia para reformar el mundo o para hacer felices a los vegetales. La otra vez dejó interumpida —pues en el clímax de la exposición se levanta y despide apresuradamente— su teoría de que la guerra es aceptada como el ambiente y modo más favorable de librarse de la vida, quizá por consecuencia de haber dejado de ser zoológico el hombre. A nosotros suelen conmovernos más sus pasiones que sus ideas, pero la de hoy —brilla en sus labios y se le ocurrió recién y en ningún otro momento de su vida— tiene un aplomo de estar ya publicada y encuadrada. Ah, eso sí, le agrada que no interrumpamos su exposición, "porque se extravía el don dialéctico de su pensamiento". Qué tranquilos lo escucharíamos si no temiéramos a cada momento, en su exaltación, que tome el sombrero y nos salude, tras ese misterioso impulso de cambiar de sitio o cumplir algún rito para proseguir su pensamiento, en otra parte o ante otra audiencia. Y como sabe que nos tiene en un ¡ay! cognoscitivo mientras habla, a veces nos pacifica: "Todavía no, todavía no se alarmen, son los prefacios."

—Sabéis que hasta que no poseo una idea nueva no me aparezco a vuestros "Papeles". Pero negádmela: una idea no refutada es una idea muerta. Mi idea inaugural de hoy es ésta: "Papeles de Buenos Aires" deben propiciar urgentemente que, antes de que se agoten, se consagre un día a Cronos, Día del Tiempo. Pues con el Día del Biciclista, Día del Sendero, Día del Fotógrafo, Día del Reloj, Día del Albañil, Día del Arroz, Día del Mástil, Día del Vestido, Día de las Begonias, Día del Infante, Día del Ocio, Día de la Leche, Día de la Golondrina, Día de la Noche, Día de la Sabiduría, Día del Abuelo, nos vamos a quedar sin un día para el tiempo puro, Día del Tiempo. . .

—No se preocupe usted, don Dionisio. Cuando se agoten los días enteros dedicaremos sólo fragmentos de jornada: Tarde de la Langosta de Mar, Mañana del Niño, Noche de la Libertad, Mediodía de la Rosa, Nona del Perro Fiel, Crepúsculo del Atomo. . .

A don Dionisio Buonapace no le halaga sobremanera nuestra solución y menos que volvamos a interferirlo para sugerirle que se podría hacer coincidir ese Día del Tiempo que él propicia con el 1º de enero, fecha del cumpleaños de Cronos. Aprovecha una pausa nuestra para recuperar el discurso.

—Pero no era de esto que quería hablaros: ésa fué mi idea del mediodía. Y es extraño que la recuerde, pues no vuelvo a hablar jamás del mismo tema; ha de haber sido la preocupación de que nos quedáramos sin la "Duración Pura". . . Mi idea del ocaso, aquélla entre cuyos últimos silogismos entré a los "Papeles" es ésta: "Para curar a los ricos." (Sabréis que mis estudios sociológicos me han llevado a la conclusión de que sin

una reforma de la conciencia no hay reforma social eficaz, quiero decir que la persuasión es más poderosa que el más poderoso despotismo.)

—¿Cómo curar a los ricos? — osamos.

—Así: disponer imperativamente una zona de residencia a los ricos en que toda edificación estuviera rodeada de dos hectáreas de plantas frutales y verduras atendidas a costa de cada millonario. Este particular confinamiento tendría una profunda influencia mejoradora sobre su espíritu, con el espectáculo del trabajo y de la fructificación de sus resultados cotidianos, espectáculo de fecundidad que despejaría sus espíritus, creando, además, una situación de hecho en que la superabundancia de frutas y legumbres obligaría al cotidiano ejercicio de donación nutricia. No se les obligaría a donar: se les prohibiría arrancar legumbres y frutos para tirarlos, de manera que si no los donaran o consumieran morirían bajo el asedio de la corrupción de esos productos.

—Desde el punto de vista de la inventiva sociológica, su solución — que es tanto una pedagogía social como una sutil tortura — acaso carezca de espectacularidad, de flagranza. ¿Cómo puede triunfar en estos tiempos? ¿Cree usted, inteligentísimo Buonapace, que con esa pedagogía se puede propender a facilitar la incursión del mundo convivencial en la Segunda Nueva Era que todos anhelamos, antes de morir?

Mas don Dionisio nos escucha algo inquieto y no tarda en explicarse.

—Pero la verdad es que no puedo atender a ustedes como quisiera. Me preocupa un problema algo sentimental. Todos los regalos como yo le hago a Carlota me los agradece mucho pero al día siguiente ya los ha regalado. ¿Qué opinan los "Papeles de Buenos Aires"? Yo me esfuerzo por reunirle una vitrina de objetos preciosos y ella detesta las vitrinas: para mejor, ha leído en un ensayo sobre lo "cursi" que las vitrinas son continentes aborrecibles. Ella me desvitrina pues inmediatamente todos mis presentes. El que obsequia un objeto quiere estar en alguien, quiere que la vista de ese objeto despierte su recuerdo; según eso, ella no desea que yo esté demasiado presente en su pensamiento aunque quizá sí desee estar ella en el de otra persona. Además nunca concluye de decirme a quién regala lo que yo amorosamente busqué en muchas vidrieras para ella; "lo regalé", me responde secamente. Claro que añade una pequeña satisfacción: "Como gustó mucho lo que me habías traído, no pude ceder a mi vez a retenerlo." Entonces yo le digo: "Pues te tendré que elegir cosas sin gracia para que así nadie se enamore de ellas y tú me recuerdes"; pero debo escuchar "Te recordaré a tono con la belleza o falta de gracia de lo que recibo", no sin añadir que yo no comprendo su delicadeza de alma al no resistir elogio de algo que posee sin instantánea donación; pero yo pienso o le balbuceo: "Primero, tienes la vanidad de regalar y ca-

recas del amor de contemplar en una vitrina un ente delicado, una jarrita de Murano, un escarabajo tallado en Egipto, un cisne de cristal tejido; segundo, en verdad no admiras el arte, te seduce más la reputación de generosidad; tercero, cede todo cuanto desees menos lo que mi cariño te buscó: mi amor se duele."

"En verdad: ¿su actitud no es signo de que no hay entrañable correspondencia afectiva?"

—Nunca la hubo perfecta entre dos amantes: Petrarca y Laura, Dante y Beatriz, Aurora Dupin y Federico Chopin, Napoleón y Josefina, Dionisio y Carlota. . . Lo que hay que averiguar es si se trata de distinto grado de sentimiento o de distinto modo de comprender el mismo don de sentimiento. . .

—Pero no siendo caso de crimen o de suicidio — acota Dionisio Buonapace cambiando bruscamente de ánimo y sabiendo que en amor no hay que averiguar bastante — toda pasión es un bien, a pesar de cualesquiera vicisitudes es preferible a la soledad. . .

E inmediatamente, como cree que es laudable que en el hombre coparticipen la naturaleza intelectual con la pasional, Buonapace retorna al ejercicio cognoscitivo.

—Yo tengo mis ideas. . . Rechazo a la vez la Revolución y la Evolución. . .

—¿La Involución?

—Y a la vez las sociologías eclécticas y las unilaterales. . .

—¿Profesa entonces la sociología cuántica, o a n dimensiones?

—Si se denominara menos y se pensara más. . . En mis "Paralogismos Económicos" pruebo que la revolución más integral, que más parece trabajar la materia del Futuro, siempre retorna a lo que ya una vez fué; siempre se vuelve a un pasado *distinto*. El coeficiente de distinte es. . .

—Lo que se llama *progreso*.

—No hay más progreso que vivir y gozar de la "ventura personal".

—Su idea hubiera sido una buena receta para hace 200 años. Quizás ella hubiera evitado la Revolución Francesa.

Dionisio Buonapace no repara en nuestra espiritualidad y prosigue:

—Ahora un corolario de la idea de esta tarde: propongo un largo camino de árboles frutales a lo largo de la república. Frutales diferentes y alternando con plantas de madera, plantas de belleza y plantas de combustible. (Dionisio Buonapace ya estaba exaltándose y nosotros en vilo de que en cualquier instante silenciosamente se nos despidiera. Pero aún prosiguió.) Gran camino — de los Frutos — de más de mil kilómetros y de libre uso de sus productos, in situ. . .

Inmediatamente don Dionisio Buonapace tomó su sombrero, se despidió de nosotros y se alejó, no sin antes dejar recuerdos para los lectores posibles. ¿Podremos esperar que en su próxima visita nos cuente su doctrina sobre "El Buen Déspota", prometida y semidialectizada tiempo ha?

REDONDEZ DE LA ETERNIDAD

NUEVAS PRUEBAS DE LA FUTURIDAD DEL PASADO

"He acabado un monumento más indestructible que el bronce, más grande que las pirámides de los reyes. . . Musa, adórnate de legítimo orgullo y ven sonriente a ceñir mis sienes con la corona inmortal." (Horacio, siglo I a. C.)

"Si queréis una nueva epopeya, tenéis "Don Juan"; es para nuestros tiempos una epopeya tan admirable como la "Iliada" para los de Homero." (Byron, siglo XIX d. C.)

"El pensamiento de mi obra, estoy seguro de ello, es lo que durante tanto tiempo se ha buscado con el nombre de filosofía, la piedra filosofal tan imposible de encontrar según los sabios de la historia." (Schopenhauer, siglo XIX d. C.)

DESTINO

No les preguntéis cómo es el canto. . .
¿Acaso los dioses saben cómo son sus hijos?
En la sombra, van modelándolos con mucho de ellos mismos:
Y al fin sólo son sueño de sueño,
Aurora que se prolonga, un leve rumor
De días idos, perdurables en la calma.
Crecen como ríos, enlazando sus ondas tumultuosas,
Pero, poco a poco, se apoderan de sus padres,
Incorporan su sangre a la que corre por sus cuerpos,
Y los dejan, vacíos, consumirse en una inexorable soledad,
Bajo el signo del estéril movimiento.

1939.

TODO MARCHA EN ESTA HORA...

Todo marcha en esta hora hacia el fin,
Todo se consume bajo la frente sombría:
Pero hay una vara fresca, un ramo
Tañendo el aire con la mano abierta de la hoja.

¿Qué es esto que al mortal de continuo
Se da, como una ilusión sin retorno?
Las horas suceden a las horas, el tiempo se hunde
En estrecha yacija, e igual que la doncella
Saluda desde la ventana al amado que parte,
Desde un hueco habla otro tiempo sin usar,
Otra pradera no gastada,
Que las palabras no enturbian ni el aire corrompe.

Allí discurren los que aprendieron a amar la vida,
Los que callan, los que recuerdan, los que perpetúan su llaga,
Los que, venidos de sí mismos,
Van hacia el deslumbramiento del mundo.

1941.

A LA TIERRA

¡Te amo, ¡oh Tierra, oh tú, que asumes mis dolores!

HÖLDERLIN

Es tiempo ya de volverse a tu nostalgia
Mientras el confuso rumor de la lucha se sostiene.
Es tiempo ya; no esperes
Que de los cielos baje la advertencia.
Las cosas, en sazón, aguardan.
Aguarda la fruta que su colmo alcanza,
Aguarda el canto de los niños
Que cándidamente por los aires se derrama;
Aguarda esa música secreta de los bosques,
Y el grito de dolor aguarda
Sin salir, en su inquieta ceguera tocando
Las íntimas paredes del alma.
Pero tú no aguardas, tierra,
No aguardas sino los cuerpos que, dolientes,
Van cayendo a ti para transformarse en viento.
También los fieles tropiezan y torpemente
Dan consigo en tu materia oscura.
(¿Quién no lucha por su muerte más bella?)
Ésos andan, titubeando,
Hasta que las hojas revueltas y los frutos tibios
Que cayeron, les reciben como el otoño recibe
Jubilosamente de los vientos su existencia.

EDUARDO A. JONQUIERES.

1943.

Es agradable saber que se preparan dos colecciones exclusivas de autores rusos: "Rusalka" (cuentos) y "Escitia" (novelas), con traducciones directas, casi todas inéditas y realizadas en nuestra ciudad de Buenos Aires.

He aquí, para saldar esta nueva labor del espíritu, cómo se inicia el prefacio escrito por el director de las colecciones para el libro que ha ordenado con cuentos sobre vampiros de Alexei Constantinovich Tolstoi, primero de la dinastía.

PROLOGO

ESTÁ perfectamente establecido que los vampiros no existen. Se sabe, sin embargo, que viven de sangre humana, que son relativamente inmortales, que necesitan, para dormir, yacer en un montón de su tierra natal, que huyen del acónito y de los símbolos religiosos, que no se reflejan en los espejos, que sólo puede matárseles atravesándoles el corazón con una estaca, y que sufren por su condición de no muertos — *undead*, como los ha llamado no sé qué escritor inglés.

Porque el vampiro sufre, no sólo por el eterno purgatorio que le ha sido impuesto al condenársele a frecuentar al mismo tiempo el mundo de los vivos y el de los muertos, sino también por la clara conciencia que tiene del mal que fuerzas ocultas le obligan a hacer. Y mientras en sus grandes ojos se refleja el frío y vidrioso horror del

más allá, las pobres y descoloridas bocas, que no cobran vida sino al contacto de la sangre humana, expresan la tortura de aquella despiadada lucha del yo contra el yo, que desgarrar al que sabe que sólo puede salvarse por una aniquilación que no quiere.

Y es que a más de no querer morir, el vampiro tampoco ha querido nacer. Arrebatado al mundo de los vivos por otro vampiro, éste lo ha engendrado dándole de beber su sangre. Pero el vampiro no ha sido privado sólo del mundo de los vivos. Ha entrevisto el de los muertos, y lo desea para sí, mas no le es dado pertenecer a él mientras no reciba el añorado y temido descanso de manos de algún ser viviente. Y así, haciendo el mal por el mal, o, mejor dicho, haciendo el mal por nada, se venga de sus vidas y de la vida.

Alexei Constantinovich Tolstoi proclama el origen eslavo del vampiro — *upir*, en ruso —, aunque no deja de reconocer que aquellos fantásticos seres adoptaron con posterioridad por patria a Transilvania, Hungría y los Cárpatos. Y allí empezamos a conocerlos, en las detalladas y eruditas descripciones de sus vidas por algún monje medieval que no temió sacrificar su salvación a la curiosidad, o, quizá, al mero deseo de dar muerte a la muerte. . .

PEDRO DE OLAZABAL

No omitimos que Pedro de Olazábal, acogiéndose a privilegios de descubridor y primer traductor desde un idioma tan extraño, mucho hace para ser casi autor de la siguiente tragedia de Alejandro S. Pushkin. Lo que los "Papeles de Buenos Aires" entienden muy bien valorizándolo a la proporción de un autorismo, ya que es su doctrina que la mera, pero primera, copia es ya una originalidad.

ENO E IKAEL

TRAGEDIA

Personajes: El príncipe Eno; la princesa Ikael, amante del príncipe Eno; el abate Pekiu, rival del príncipe Eno; Equis, Igriega y Zeta, guardias del príncipe Eno.

Escena única

El príncipe Eno, la princesa Ikael, el abate Pekiu y los guardias.

ENO

¡Abate! ceded. . .

EL ABATE

¡Eh, fi. . .

ENO (*echando mano a su hacha de armas*)

¡Tengo un hacha!

IKAEL (*echándose en los brazos de Eno*)

Ikael ama a Eno (*se besan con ternura*).

ENO (*volviéndose con rapidez*)

¿Pekiu se ha quedado? ¡Equis, Igriega, Zeta! Coged al señor abate y arrojadlo por la ventana.

S P I T F I R E

. . . Y ya casi lentamente perseguido murió junto a la torre. El asistente, el vigía para esa noche estaba entre el azar, con las manos en alto.

"nada, nada se hallará que no lo haya dicho ya el Libro. Podéis seguir vuestra tarea, ampliándola, hasta ser Perfecta. . ."

El hombre: —Cuando despierten, los edificios se abrirán en dos para que pasen los resucitados.

El hombre —Yo sé qué significan esas palabras siguiente: porque vivo en estos días.

La Voz: —Ya está todo perdido: eso creo yo.

La Voz: —Es que así fué siempre. . . Yo lo he comprendido antes.

El hombre —Es la última señal que queda por hacer. . .

El otro hombre siguiente: —Yo sé que vendrá el día en que sólo pájaros y nubes estarán donde yo estoy ahora.

. . . Desde ese mismo tiempo las palabras indecisas pudieron nombrar a algunos, muy pocos, pero los que sólo quedaban yacentes y moribundos nunca entendieron nada.

Todo junto a lo nuestro y único. Lo preservaremos con nuestra propia muerte y nuestro recuerdo. Y otros nos verán friamente en la misma butaca desde donde nosotros también vimos a nuestros predecesores.

Fué todo empezar a decir sobre los grandes ámbitos cubiertos aquellas palabras predilectas para ser leídas únicamente a quienes volaban:

La Voz: —¡Partir!

Detrás de los cablegramas

Cuando es el peligro
Cuando está lo Cercano

Estar diciendo Palabras
¡HABLAR HABLAR!
Hacer los planes
¡HABLAR HABLAR!

Y ver todo tan claro
como las aguas
Hacer los mapas de nuevo
las nuevas balas
los aviones nuevos

Hacer las ciudades de nuevo
Restaurar de nuevo los cuadros
Los gabinetes de trabajo
Las nuevas industrias
Explotar de nuevo y mejor a los trabajadores
Hacer nuevos millones sobre viejos millones.

Nuevo Nuevo Nuevo
Todonuevo
Nuevotodopoderosonuevo

Hacer los mapas de nuevo
los planes,
los discursos,
las balas
las palabras

¿Y los muertos?

(¿No habéis visto últimamente las perfeccionadas formas del acero?)

¿Y los muertos?

Salía yo de mi visita a Juan, cuando, llegando al umbral de calle (esta forma de decir distrae al lector por ser algo novedosa), me habla un caballero de buen aspecto y traje, con amabilidad, preguntándome si hago el bien de decirle si se hallara en casa don Pedro.

—Señor, no soy de la casa, soy una visita; llame a aquella campanilla. — (He aquí un modo de crear alucinación, evocando a cada lector un minúsculo episodio práctico que todos hemos conocido: que nos pregunten, siendo visitantes y tomándonos por de la casa, si alguien está en ella).

El caso inverso puede en la misma novela explotarse, y con media docena de otros (como el hablar a una persona muy parecida a un conocido; etc.), la alucinación de verdad se nota e interesa todo lo que la novela pasa, aunque no valga.

—Caballero, ése es el sombrero que yo uso en la cabeza.

—¡Y el mío es el que ahora tiene usted puesto!

—Seguro, porque me queda chico.

—Ya lo veo, ¿y qué hacemos ahora?

—Le doy el suyo y me da el mío, los cambiamos.

—¡Ah, qué gran idea!

—Ah, sí, señor; mi cabeza tiene siempre buenas ideas, bajo sombrero ajeno.

LUCIO FEDERICO AGUILAR.

VIENEN, LOS INVISIBLES

*Uno tras otro, romper
los frascos en hilera donde están mis angustias.*

*Huir sobre los techos
aterrando a mis propios fantasmas
y golpear, con el eco
sus espaldas, quebrarlas para siempre.*

¿Dónde hallarme en el aire, sino para desfigurar mi cabeza contra un muro?

¿Dónde irá la tarde a buscar los perros que aúllen de noche?

Oh, esta tierra que cuando muerto lo hace a uno blando y negro.

*El cielo, tela harapienta desprendida;
entre sus agujeros hay un rumor de élitros
que se acercan,
canguros o dragones viajando entre las nubes rotas.*

*Las sillas sin cráneos ni fémures:
sus torcidas patas pisando una tras otra
mi piel estaqueada.*

Y vienen con martillo y cincel. Esculpen mi rostro.

Entre mis ojos y labios cicatrices nuevas sobre las cicatrices viejas.

*Las costillas quebradas me hacen más hondo el pecho;
ahora pueden palpar mi corazón.*

*Mi cabeza, rota
para que se desparramen insectos.
Polvo de ideas o de murciélagos.
Y entre cuerdas tendidas en sostenes invisibles
me voy enredando hasta ahorcarme.*

*Vienen, vienen; pero siempre el espacio crece a mi alrededor
y yo fracaso en ser alcanzado.*

No sé si llegarán. He muerto.

L. C. y A. O.

(Clases prácticas: lunes de 18 a 19, en Casilla de Correo 1690).

El Literato Literatísimo da a sus discípulos un tema y los excita a efectuar trabajos literarios de libre creación dentro de minutos.

He aquí el ofrecido por Carlos C. Cardani a los 440 segundos de oído ex abrupto el tema: "La Puerta".

LA PUERTA

Hacia tiempo que esa puerta existía en el fondo de la ciudad.

Nadie sabía por qué. Existía como por gracia de sí misma, o como abandonada en un olvido, simple curiosidad, mero capricho de antiguos arquitectos.

Muchos desearon abrirla, pero llegados a ella quedaban inmóviles contemplándola, en inexplicable temor. Tanto, que ninguna de las casas de la ciudad tenía puerta, obsesionados los habitantes por la irradiante presencia de Aquella.

Así vivían desde tiempos remotísimos, creyendo que tal vez un día podrían olvidarla y la puerta entonces quedaría destruída.

Sin embargo, cada vez parecía obsesionar más su realidad.

—Tenemos que destrozarla, — se dijeron los jóvenes de una generación.

Y se acercaron y, sin mirarla, comenzaron a deshacerla, hasta que no quedó de ella.

—Volvamos a la ciudad.

Volvieron.

Responsabilidad y empeño del Arte Humorístico ante el encantador caso del gran sombrero de Barbey d'Aurivilly oprimido por el bello cuerpo de una dama.

Barbey se sentía muy cómodo y animoso con uno de esos grandes sombreros que usaba siempre.

Al entrar de visita en una casa lo depositó sobre una butaca y tomó parte en la conversación.

Poco después una gran dama que no obstante sus muchos encantos no veía en más direcciones que el común de los mortales sentóse bruscamente en la butaca, y dando un grito se apresuró a sacar el sombrero de su prisión imprevista.

Llena de confusión, balbuceaba sus excusas, siendo interrumpida por Barbey, que dijo graciosa e insuperablemente, mientras trataba de planchar con la mano su sombrero deformado:

☆ ☆ ☆

Propongamos el asunto. ¿Qué hubiera contestado usted? (Esperamos que usted no es una persona de mal humor). Si hay un Arte Humorístico. . .

PARA NUESTRO INMINENTE AÑO 1944

● Luis Alberto Sánchez, uno de los mejores escritores de América y el que ha escrito mejor y más acerca de los otros escritores, nos autoriza para anunciar, a las innumerables simpatías que lo acompañan en su trabajo dedicado a la evidenciación de todo mérito de autor americano, que celebrando en este año sus veinticinco de vida literaria publicará sus *Memorias*. Desde ya prevenimos que con su inagotable modestia no sabremos nada de él y sí todo lo de los otros escritores de América.

● La forma más suave de darse cuenta de que el tiempo fluye es recibir de La Habana uno y otro número de "Nadie Parecía", dirigida por José Lezama Lima y P. Angel Gaztelu y a la que se vinculan Virgilio Piñera, René Portocarrero y otros auténticos creadores. También "Espuela de Plata" permanece sin olvido.

● ¿Falta editor para los tres tomos de poemas franceses escritos entre ambas Guerras (1919/1939), en cuya selección y traducción trabaja desde hace años Lysandro Z. D. Galtier? ¿O falta Lector?

Esta antología, más atrayente que las mejores francesas (Van Bever & Leautaud, De la Vaissière, Eugène Monfort, Kra, N. R. F., Fermin-Didot o Thierry Maulnier) y que comprende a cuarenta poetas, se forma con una nota autobiográfica, un autodibujo o retrato original, nota crítica especializada, doctrina estética por el antologizado, bibliografía completa y unos diez poemas por nombre, en versiones honorables, algunas de encargo (a Alfonso Reyes, Enrique Díez-Canedo, Francis de Miomandre, Marcelle Auclair Prevost, Emilio Oribe, Octavio Barrera, etc.), otros optadas entre las conocidas y las demás cumplidas por el propio organizador. Aunque es sin acaso el más desvelado y poeta de los traductores, se ve que Galtier no padece la tentación de ser el autor exclusivo de las versiones.

● No todo será malo en abril... es cierto que seguirán faltando en nuestros papeles las comunicaciones mediúmnicas de la Sra. Strepti, que no acorta su veraneo por alargar la dicha de sus lectores, pero... salgamos de marzo y habrá de lo bueno:

Porque habiéndose agotado en menos de 20 años una edición de 200 ejemplares, la de "Papeles de Recienvenido" —sus lectores cupieron en un colectivo y se bajaron en la primer esquina— se lanzará una segunda, con más "Continuación de la Nada", que no tiene pasado (a ambas no temibles obras, cábeles un solo autor: Macedonio Fernández), pero en edición de 201 ejemplares, para que no se agote tan atropelladamente; el autor no resiste ver caras descontentas hasta de aquí a 25 años. De los ilimitados Lectores —éstos son proporcionalmente editados tan numerosos, sin consideración, que siempre parecen pocos los que le tocan a cada autor— con esta edición no quedará uno sin libro. Son más los lectores quejosos por no haber podido adquirirlos que los por haberlo adquirido. ¡Que todos lo compren! ¡Que todos se quejen de lo mismo! es lo que debe cuidar un autor sensible para con una gente tan dispuesta.

"Papeles de Buenos Aires" están en permanente duda y discusión. Si algo existen, es por su voluntad de exigir de cada colaborador una suficiente responsabilidad de duda de sí.

Aventurarse a una idea o una imagen; estudiar y soñar y crear la realidad...

Procuran ordenar estos papeles Adolfo y Jorge de Obieta.

Ejemplar: cincuenta centavos.
Seis números: tres pesos.
Casilla de correo 1690.
Buenos Aires, Argentina, América.

El pueblo está situado en un terreno elevado a orillas del río de la Plata a tiro de fusil del canal, en un ángulo de tierra formado por un pequeño riacho llamado Riachuelo que desagua en el río a un cuarto de legua del pueblo; contiene cuatrocientas casas y no tiene cerco ni muro, ni foso ni nada que lo defienda, sino un pequeño fuerte de tierra que domina el río, circundado por un foso y monta de diez cañones de fierro, siendo el de mayor calibre de a doce. Allí reside el Gobernador y la guarnición se compone de sólo 150 hombres divididos en tres compañías, mandados por tres capitanes nombrados por éste a su antojo, y a quienes cambia con tanta frecuencia que apenas hay un ciudadano rico que no haya sido capitán...

Cuando yo manifesté mi asombro al ver tan infinito número de animales, me refirieron una estratagema de que se valen así que se teme el desembarque de enemigos, que también es asunto de maravillarse. En tal caso arrear un enjambre de toros, vacas, caballos y otros animales a la costa del río, en tanto número que es imposible a cualquiera partida de hombres, aún cuando no temieran la furia de los toros salvajes, el hacerse camino por en medio de una tropa tan inmensa de bestias...

(Notas del turista Azcárate du Biscay, precursor de Paul Morand, sobre Buenos Aires, 1650).

Todo malo, pero muy buenas disculpas

LEMA DE APURO, DE ESTE NUMERO

Lo interesante de este número va en el siguiente. Suspenda, lector, todo juicio sobre las perezas y falencias de éste: dedíquese a adquirir el venidero. (En el presente nuestro errar nos muestra humanos: el próximo será el número del superhombre en Buenos Aires.)

Yace explicada la falta de vitaminas de este ejemplar: lo preparamos flojo para que el de junio resulte grandioso. Pero usted lo advirtió y nosotros estamos fatigándolo con esta advertencia.

NO DEJE DE ADQUIRIR EL PROXIMO NUMERO: si viera el miedo que tenemos de que no salga; sólo en usted confiamos.

¡Un manuscrito diez años reservado de famoso literato francés!

¡Dos sonetos de eminente estilista nacional encontrados en las tapas de un libro en librería de viejo!

¡Una invitación a la Latinidad (encuesta)!

¡Un ensayo de metacosmogonía con el descubrimiento de los detalles del fin del mundo!

Considérense estos anuncios como parte integrante de la calidad de este número: alguna vez el futuro ha de servir antes.

Sumario No. 2

Jules Supervielle: Poème. * Juan Carlos Paz: Ensayo I° sobre música. * Ramón Gómez de la Serna: La Aureola Libertada. * Pensador Corto: Escritos. * Olga Orozco: Poemas. * Ricardo Villafuerte: Timideces sobre literatura. * Luisa Sofovich: Flores de "El Ramo". * Sobre el arte de Franz Kafka. * Jorge Calvoetti: Biografía real de un escritor. * Santiago Daboué: M. Trépassé. * Visitas de Dionisio Buonapace. * Luciano Pérez: Prosa de mareo. * Luisito G. Escobar Ferrer: Para los ancianos de Buenos Aires. * Literato Literatísimo: Taller literario. * ¿Los americanos carecemos del poder de creación? (Encuesta). * Mauricia Lina Strepti: Lo que se trabaja en las noches de Buenos Aires.

Dibujos de Atilio del Soldato

